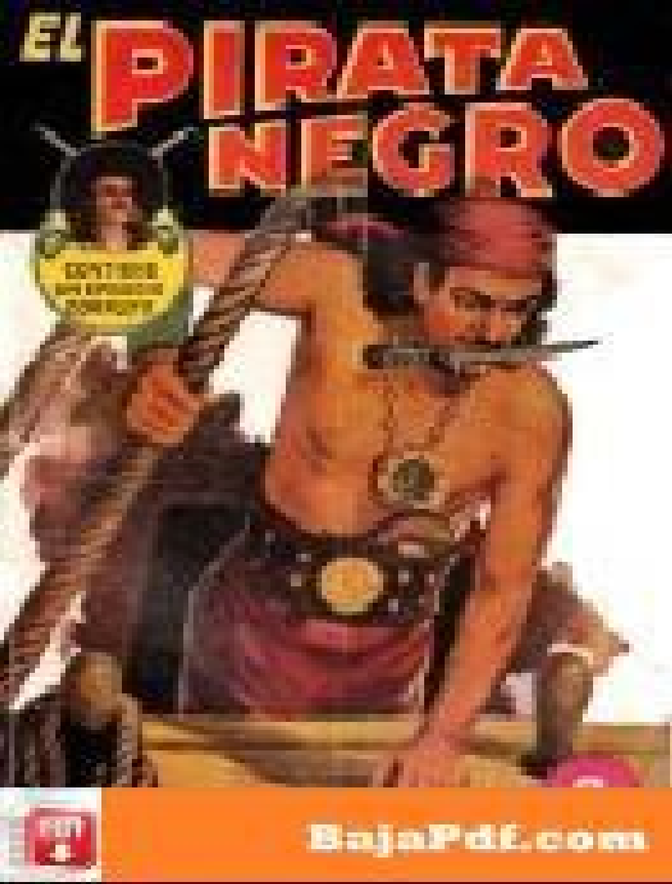

EL PIRATA NEGRO
BajaPdf.com

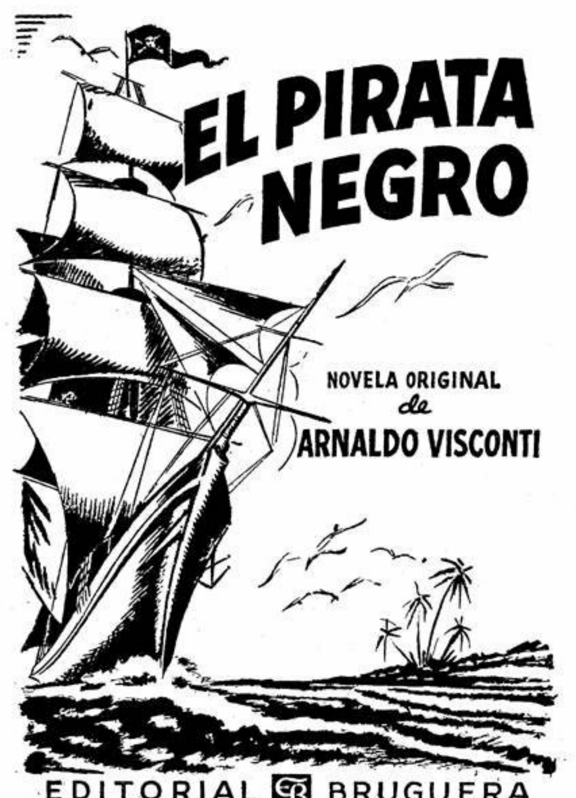
Annotation

'El Pirata Negro', cuyo nombre era Carlos Lezama, viajaba a bordo del Aquilón combatiendo a los buques ingleses y holandeses que se oponían al dominio hispano de los océanos, sobretodo en Panamá, donde el Pirata Negro tenía su morada habitual.

Su ropaje consistía en un traje de pirata, pañuelo rojo en la cabeza y un enorme medallón colgado del cuello.

El Pirata Negro se publicó en 85 números, desde 1946 hasta 1949.

Nº 3 de la colección


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL B BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Sucedió en Jamaica

Colección El Pirata Negro n.° 3

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA

BARCELONA

1946


SUCEDIO en
JAMAICA

CAPÍTULO PRIMERO

La esmeralda flotante

El cielo, encapotado y negruzco, era surcado de vez en cuando por relámpagos que zigzagueaban rayando el espacio con luminosa estela.

Los truenos estallaban redoblando gigantescos tambores y las olas, altas y espumosas, barrían la cubierta del “Aquilón", la veloz goleta pirata lanzada

a toda vela en pos de la esfumada silueta del velero bretón en el que huían Jacqueline de Brest con sus treinta piratas restantes[1].

Tichli, el hercúleo piloto cubano sordomudo, se aferraba con todas sus fuerzas al timón.

El pequeño mono mascota se abrazaba tembloroso al cuello de ébano del piloto, castañeteando excitado los dientes.

Una nueva y gigantesca ola barrió la cubierta y el Pirata Negro se mantuvo en pie con las dos manos enlazadas a la barra del timonel, mientras, el agua salobre le cubría enteramente y lamía con fragorosa furia la estructura del

“Aquilón”.

—Se ha encrespado la buena moza —dijo el Pirata Negro—. Creo que eso quiere ser un presagio, Tichli. Está furiosa... ¡y es tan bonita cuando se enfurruña! Hablo de las dos, ¿sabes? De la mar y de Jacqueline.

Una densa lluvia obscureció aún más el horizonte. La cortina de agua empezó a fluir del cielo opaco y gris con verdaderos torrentes de azotes líquidos que repicaban sobre cubierta.

—La tormenta acude en su auxilio, Tichli. Aunque no sé en auxilio de quién acude, porque, entre nosotros, voy a confesarte un secreto. No sé si la perseguía para hundir su barco y darle a ella la redentora sepultura de las olas...

o la perseguía para arrodillarme ante ella y besar sus manos.

La tormenta estaba en todo su apogeo. A un cuarto de milla del "Aquilón" no se percibía el mar.

—Se fué, Tichli. Y demos gracias a la galerna, porque en ella se ha esfumado mi bella corsaria.

La visibilidad era nula y un círculo de blanquecina bruma rodeaba en estrecho abrazo el barco pirata.

—El cielo semeja una panza obesa que nos quiere aplastar y la niebla nos ha echado encima su manto tupido y húmedo, Tichli. Los elementos me quieren indicar con su oposición aunada, que es insensato perseguir a un amor imposible.

El Pirata Negro ascendió al castillete de proa y con voz estentórea ordenó arriar las velas. No quería exponer al “Aquilón” a estrellarse contra la cercana costa poblada de arrecifes y escollos, y en aquella densa y cegadora tormenta era inútil continuar la persecución del velero bretón mandado por Jacqueline de Brest, la corsaria.

* * *

La galerna arreció durante toda la noche para amainar a la madrugada y aplacarse del todo a media mañana. El mar recuperó su azulada transparencia y el sol luchó con sus cálidos rayos para entibiar la fresca brisa.

Y durante tres días consecutivos el "Aquilón" surcó en todos sentidos los parajes por donde el Pirata Negro suponía que la corsaria bretona podía haber buscado un refugio contra la galerna.

El veloz velero contorneó los islotes, y los vigías oteaban los más recónditos recovecos de las dentadas costas.

Durante su infructuosa búsqueda de las velas y gallardetes del bergantín bretón, los ojos del Pirata Negro se dirigieron varias veces hacia la gran isla que flotaba a lo lejos como una inmensa y verde esmeralda engarzada en líquida montura azul.

Y al fin, el Pirata Negro acercóse al piloto sordomudo, señalándole la isla

con el brazo extendido.

—Recto y avante. Hacia Jamaica, que es donde ella debe de haberse ocultado. Muchos son los escondrijos que la isla inglesa ofrece. Y ella tiene que reclutar gente bravía porque escasos hombres lo hemos dejado.

El Pirata Negro silbó dos veces modulando en forma especial. Un pirata de rostro grotescamente surcado por innumerables cicatrices y costurones subió al puente timonel.

—Me vas a demostrar que eres un viejo tiburón, "Cien Chirlos" —dijo el Pirata Negro, apoyando la diestra en el hombro rechoncho y duro de su segundo —. Imagínate por un instante que has salido indemne con tu barco de la última

galerna y que necesitas dos cosas: un refugio y una leva de hombres para substituir bajas. Mira a tu alrededor, viejo tiburón. ¿Dónde buscarías ambas cosas en estas latitudes? Y piensa que prefieres elegir tripulantes franceses.

“Cien Chirlos” sonrió y su rostro se convirtió en una horrible gárgola riente.

—Los bucaneros de la costa oeste de Jamaica. Los buscaría desde la punta de Port Morant hasta la cala de Guava Ridge, porque hasta esos lugares los ingleses no llegan y son buenos refugios.

El Pirata Negro dió un puñetazo en el pecho de “Cien Chirlos", que acogió con placer esa muestra de especial afecto.

—Cuando te mueras, cara fea, espérame, para que emprendamos juntos

el último viaje. Eres el mejor de los guías. Has acertado y tu pensamiento ha coincidido con el mío. Ella buscará su leva entre los bucaneros, esos franceses que cazan en tierra y piratean en el mar cuando los reclutan.

El Pirata Negro señaló los contornos verdosos de la isla que se iba agrandando.

—Entramos por el Black River. Llegaremos hasta May Pen, y allí mantendrás el "Aquilón" al pairo. Juanón, el angelote rubicundo, recorrerá como un pescador atareado la ribera hasta Guava Ridge. Yo recorreré los puertos de la costa hasta Port Morant. Tú aguardarás con mis hombres a bordo.

—¿Puedo, señor, decirte algo sin que

te molestes?

—Si no sé lo que vas a decirme, no sé, tampoco, si me molestaré. Atrévete valiente. Tú eres el mejor de mis mejores.

—No rebases Port Morant. Hay mucho inglés desde allí hasta Kingston.

—¿De cuándo acá necesito de tus consejos, bergante? Desaparece de mi vista, y que venga Juanón.

Un pirata de mofletudo rostro colorado y tímidos ojos azules, quitóse el negro chambergo destrozado. Miró respetuosamente a su jefe, que con los brazos cruzados, le observaba sonriendo.

—Tu rostro es tu fortuna, Juanón. Quien te ve se siente inclinado a darte

consejos para que la maldad del mundo no te hiera. En May Pen bajarás a tierra. Marisquearás por la costa hasta Guava Ridge. Donde te informen dé la presencia de un velero mandado por una mujer, habrá terminado tu marisqueo. Regresarás a comunicarlo a “Cien Chirlos”. Y que tu faz de luna bondadosa sea más boba que nunca. Los bucaneros venden tasajo y piel de las fieras que cazan, y me disgustaría que olfatearan la rancia peste a fiera que tu rostro oculta tan sabiamente. Vete y ya sabes tu cometido.

Acercábase ya el velero a la ancha boca cenagosa por la que el Black River vertía sus aguas al mar, mezclándose con el barro de los pantanosos terrenos de la

orilla.

El Pirata Negro dió con su codo un empujón al piloto cubano, substituyéndolo en el manejo del timón.

Afianzó con la zurda la barra y, entrando de costado, el velero atravesó los rompientes que formaban las aguas del río al chocar con las olas.

El Black River ofrecía en sus primeros kilómetros un tupido túnel de vegetación. Los altos mangroves elevaban hacia el cielo sus copudas cúspides verdes, y sus anchos troncos enlazados por las lianas de la selva circundante, formaban a modo de dos empalizadas que ocultaban la visión desde tierra.

El ancho cauce se iba estrechando a

medida que el velero avanzaba y, de pronto, un islote en el centro del río señalaba el punto conocido por May Pen entre los piratas del Caribe.

Era un lugar que muchas veces elegían para calafatear y remendar sus desmantelados buques después de algún rudo combate.

Todos los tripulantes del "Aquilón" ocupaban sus lugares de lucha. Los artilleros empuñaban las mechas encendidas y los grupos de choque lucían la cruz de los puñales en la faja y el desnudo y corvo acero del sable de abordaje en la diestra.

El Pirata Negro abatió el largavistas y volvió la espalda al islote de May Pen.

—Reposo, mis valientes — dijo con

fuerte voz—, May Pen no tiene visita. Estamos solos. Si fuerais sensibles a los espectáculos grandiosos, os diría que contemplarais en silencio esa maravillosa obra de arte de la Naturaleza, que la ha edificado para que el hombre se sienta empequeñecido ante tales bellezas. Pero sois un hatajo de espíritus vulgares, atentos sólo a las bellezas de una mesa grasienta y oliente a vino.

Los tripulantes del "Aquilón", reunidos en la base del castillete de proa, se apiñaban escuchando con deleite las observaciones de su jefe. Envidiaban la facilidad de palabra de aquel que en el combate era el que más se distinguía por su arrojo y su sangre

fría, y que a la vez sabía decir.tantas palabras incomprensibles para ellos.

—"Cien Chirlos" tomará el mando mientras yo voy en busca de algo que no os interesa saber. Para nada bajaréis a tierra. Que os baste May Pen. Tirad los dados, bebed cuanto queráis y que a mi regreso no me vea obligado a manejar el látigo de las siete colas.

El "Aquilón", suavemente, fué acostándose de babor a la isla fluvial. Se inmovilizó a un cuarto de milla y la cadena del ancla ascendió ruidosamente.

Una lancha fué desatracada y, colgando de sus cables, se balanceó unos instantes hasta detenerse sobre la quieta superficie del río. "Cien Chirlos" remó con fácil y vigorosa palada y la

lancha depositó en la orilla izquierda al pirata Juanón que, sustituido su deslucido chambergo negro por un gorro de lana y vistiendo ropas de humilde pescador, llevaba al hombro la cesta de mimbre maloliente a —mariscos salados.

Apenas saltó a la orilla, internóse en la maleza abriéndose paso por entre la maraña de lianas con un corto cuchillo de afiladas hojas.

"Cien Chirlos" siguió remando hasta tocar la opuesta orilla. El Pirata Negro, envuelto en su capa, púsose en pie.

—Si Juanón regresa antes que yo, mándalo a buscarme por la costa hasta Port Morant. No pasaré de ese punto. No te esponjes, malandrín. Si tu consejo era

bueno y sensato, era inútil porque yo también conozco el estuche traidor que es la bahía de Kingston. Hasta pronto.

El Pirata Negro internóse en la lujuriante y verde vegetación, y su silueta se perdió oculta por los mangroves.

"Cien Chirlos" remó melancólicamente hasta regresar al velero. Hubiese querido que siempre que su amo salía a ignoradas expediciones tierra adentro, le llevase' a él. Y maldecía su rostro que revelaba demasiado a las claras su poco pacífico temperamento y su profesión.

* * *

A veinte leguas de Port Morant, una ensenada poco frecuentada por la gente de mar, pero empleada por los bucaneros para zarpar en sus característicos barcos planos en busca de mercados para sus productos, recibía el nombre de Cockpit.

La ensenada formaba un arco, y en sus arcillosas riberas sólo contenía una docena de casuchas de madera, donde viejos bucaneros, inválidos o inutilizados por enfermedades se contentaban con ganarse el sustento vendiendo licores y tasajo a los compañeros de su antigua profesión.

Thomas l’Agnelet, había sido uno de los más feroces bucaneros en los tiempos en que aquellos aventureros

franceses disponían escuadras y dominaban el mar. Y pese a su apodo, que significaba “el corderito”, Thomas había ocupado en aquella época uno de los lugares más encumbrados en la famosa historia de la bucanería.

Ahora, retorcidas sus manos sarmentosas por el artritismo, y debilitado su corpachón por la fiebres tercianas, Thomas l’Agnelet servía vino a sus jóvenes sucesores. Y lo servía con tal dignidad, que los imberbes aventureros franceses siempre le pagaban no sólo espléndidamente, sino que añadían la mejor de las propinas: solicitar del viejo bucanero consejos y anécdotas de los tiempos en que Thomas l’Agnelet era nombre que se

pronunciaba con temor y respeto en todo el espacio comprendido entre las Indias Occidentales.

El viejo bucanero, sentado en un banco, cenaba solitariamente la comida que él mismo se había guisado. Un farol que quemaba torcidas resinosas iluminaba débilmente el único cuarto que, con la cocina, formaba la totalidad de sus habitaciones. Otro banco soportaba las mantas que eran colchón y cubrecama.

Aquella noche no esperaba cliente alguno. Los ingleses habían rondado durante el día...

Mordía Thomas unan galletas algo recalcitrantes a dejarse ablandar, cuando sus ojillos grises bajo las peludas cejas

blancas, se posaron en la puerta.

Alguien acaba de llamar, y Thomas l’Agnelet, cogiendo el farol, se levantó pesadamente para ir a abrir. Serían seguramente aquellos malditos ingleses tan dispuestos siempre a invocar la palabra “ley”.

Abrió, levantó en alto el farol, y la rojiza luz dió de lleno en un rostro bronceado y aguileño, desconocido para Thomas.

—Un vaso de vino y una loncha de tasajo, abuelo—pidió el visitante hablando un francés bastante perfecto, aunque con acento español.

—Hay ambas cosas—replicó lacónicamente Thomas, cediendo el paso.

Cerró la puerta y volvió a colocar el farol sobre la mesa. El recién llegado abrióse la capa que quedó prendida de su hombro.

Después de colocar sobre la mesa un vaso repleto de espeso vino negro y una loncha de carne ahumada y crujiente, Thomas desvió la vista y se sentó en el banco frente al desconocido, terminando de cenar.

—Sola está la casona, abuelo. Venderás poco.

—Nunca he vendido. Doy de beber al sediento y de comer al hambriento. Ellos me pagan si pueden.

—Labor de cristiano puro. Y dices que nunca has vendido. Así lo creó. Fuiste renombrado por hombre entero y

el hombre se conoce en que nunca habla de más ni delata. ¿Podría dormir en uno de esos bancos?

—Podrás, si tienes sueño.

—¿Sabes quién soy?

—No me importa saberlo. Eres joven y fuerte —y el viejo bucanero entrecerró los ojos, con nostálgico evocar—. El mar es como la mujer; sólo se deja dominar por la juvenil arrogancia. A tu edad yo era un hombre; hoy, ya vos, soy una reliquia agonizante, Pirata Negro.

—Me halaga que Thomas l'Agnelet me reconozca. De que soy pirata cualquiera puede darse cuenta, pero mi identidad exacta no es tan proclamada, para que un viejo bucanero retirado la conozca.

—Tu nombre suena como el mío sonó antaño. Los jóvenes bucaneros invocan tu nombre y desearían que en algún combate perdieras muchos de tus hombres para substituirlos. Y te han descrito miles de veces.

—Ya que de eso hablas, infórmame. Hay una mujer, francesa también como tú, que ha debido de buscar refugio en estas costas. Es bretona.

—¿Para qué quieres saber de ella? —Le debo favores y quiero pagárselos.

—Mientes, muchacho. Tus ojos brillan burlonamente, y tengo la ventaja del viejo. Sé conocer cuándo un hombre me oculta la verdad.

—Tienes razón, abuelo. La busco... porque la quiero... y porque quizás, así

como el vino calma la sed, el matarla calmaría la quemazón que me arde aquí dentro.

—Estrujas tu pecho, Pirata Negro. Enamorarle es como izar velas a pocas brazadas de unos escollos que afloran a proa. Pero no oirás mi consejo, porque tu sangre es imprudente y bulle. Antes reconociste que Thomas l'Agnelet no delata. Si la buscas, hállala por ti mismo. No seré yo quien te diga si está, en Jamaica o está en el mar. Pero sí te diré que deberías alejarte de aquí. Rondan los ingleses, que han estado todo el día buscando a un joven bucanero que entró en Kingston y mató a dos soldados. Esos ingleses son muy tenaces como sus perros de presa de

boca ancha y corta talla. Volverán a mi choza y podrían encontrarte. Buscan al joven bucanero, pero te encadenarían gustosos.

—Estoy cansado, abuelo. Quiero dormir. He andado muchas leguas por la costa buscándola a ella. Y ahora necesito dormir.

—Yo no velaré tu sueño. Si ellos regresan, te sorprenderán.

—Cierra bien tu puerta. Hay varias ventanas en tu choza, y yo sé dormir. El roce de un ratoncillo me despierta, y casualmente, abro los ojos después de que mis manos sostienen las pistolas.

Thomas l'Agnelet se encogió de hombros y fué a tenderse sobre las mantas de su banco. No ofreció ninguna

al pirata, quien se tendió sobre otro banco ensolviéndose en su capa, que quedó entreabierta a la altura de su cinto.

* * *

Veinte soldados ingleses, pulcramente uniformados con sus casacas blancas que resaltaban la aterciopelada tonalidad grisácea de sus tricornios y de sus altas polaines, se detuvieron en la ensenada de Cockpit a una señal del oficial que les dirigía.

El oficial hizo un amplio ademán con el brazo y los veinte soldados se abrieron en círculo rodeando a cincuenta metros de distancia la casucha obscura y

sin luz del viejo bucanero Thomas l’Agnelet.

El oficial habló unos instantes con su sargento.

—Debemos regresar ya a Kingston. Pero antes lléguese a las ventanas de la taberna del bucanero. El delincuente que buscamos sabe que Thomas l'Agnelet nunca niega hospitalidad a nadie.

El sargento era ágil y poco corpulento. Andaba silenciosamente y minutos después regresaba.

—El viejo duerme. Pero no está solo. En otro banco hay un joven tendido. Cubre su cabeza un pañuelo rojo y brilla en su oreja un arete. Viste de negro enteramente y su capa entreabierta me ha permitido ver dos pistolas y la rica

empuñadura de un sable de hoja curva.

—¿Cuántas ventanas tiene la taberna?

—Tres, y están a la altura del pecho.

—Cinco hombres por ventana, con los arcabuces dispuestos a hacer fuego. Tres en la puerta y otros dos conmigo. Dará usted la orden de fuego si la Identidad del joven es la que creo.

Con la rígida marcialidad del militar británico, el oficial aguardó a que sus hombres estuvieran repartidos como habla ordenado y echó a andar hacia la puerta. Dos soldados le encuadraron mientras el oficial repicaba sus nudillos sobre la madera.

—¿Quién va?—preguntó una voz en el interior.

—Fuerzas de Su Majestad británica.

Abran.

* * *

Cuando oyó rumor de pasos, el Pirata Negro saltó en pie con las dos pistolas encañonadas hacia la puerta.

Thomas l'Agnelet encendió su farol y a su luz, el Pirata Negro distinguió cinco cañones de arcabuz en cada una de las tres ventanas.

—Te lo dije, pirata. No quisiste atender mi consejo. Y oye ahora la voz del inglés. Si te entregas, te ahorcarán. Si luchas, morirás relleno de plomo. Estás en una ratonera.

—Si disparo, abuelo, quince arcabuces dispararán y tú podrías morir.

—Más tarde o más temprano... Dispara.

En la puerta resonaron con más violencia las llamadas del oficial.

—Cuando tú eras joven, Thomas, ¿qué habrías hecho en una situación como esa? ¿Disparar, echar al aire el acero y morir?

—Pienso que podrás matar a unos cuantos ingleses. Pero míralos: me rompen los cristales y asoman sus arcabuces. Morirás sin remedio. Yo estuve cinco veces a punto de ser ahorcado... y te estoy hablando.

—Eso pensaba. Me ganas en dos. Tres veces han querido ahorcarme, y te estoy hablando. Seguirás dando de beber al sediento y de comer al hambriento.

Abre, abuelo.

Thomas l'Agnelet se dirigió a la puerta, que abrió mientras el Pirata Negro sujetaba por los cañones sus dos pistolas manteniendo las culatas hacia lo alto junto a sus sienes.

El oficial inglés entró pausadamente y quitóse el tricornio en cortés saludo. Volvió a cubrirse la blanca peluca.

—Fuerzas de Su Majestad británica. Buscamos a un delincuente. Pero no era a vos a quien buscábamos, pirata. Sin embargo, la ley inglesa ordena apresar en todo el territorio de Jamaica a cuantos piratas, de cualquier nacionalidad que sean, pisen su suelo.

—¿En qué habéis adivinado que soy pirata?—dijo sonriente Carlos Lezama

—. Hoy en día, un hombre debe viajar siempre armado.

—No neguéis vuestra identidad. Cuando fuerzas inglesas se internan en la isla, su jefe lleva descripciones exactas de cuantos piratas de nombradía infestan el Caribe. Vos sois el Pirata Negro. Os reputan caballeroso. Si os han de colgar, no es asunto mío. Pero el hombre valiente se reconoce en que tiene siempre el valor de sus convicciones. ¿Os entregáis, o doy la orden de fuego?

—¿Puedo saber cómo os llamáis?

—Archibald Clerk, teniente colonial.

—Sabíais al entrar que quizás yo no acogería con agrado vuestra presencia. Y tengo buen pulso. El hombre valiente se reconoce también en que cumple su

deber sin vacilaciones. Tomad, no me queda más remedio que entregárosla—y el Pirata Negro tendió al oficial sus dos pistolas, ofreciéndolas con las culatas hacia el británico.

—Gracias, habéis evitado muertes inútiles. Dadme vuestro sable.

—También os pertenece. Quisiera sólo que atendierais una petición. Hablo mal el inglés, poro lo suficientemente claro para que me comprendáis. Ese anciano ignoraba quién era yo. Me dió bebida y comida y le pedí un banco para reposar. Ninguna acción delictiva ha cometido. Albergar a desconocidos es su oficio.

—Thomas l'Agnelet no es el hombre que yo buscaba. Y doy por ciertas vuestras palabras: él no sabía a quién

albergaba—y el oficial inglés sonrió levemente—. ¿Alguna petición más?

—Morir con dinero es la peor de las muertes. ¿Puedo entregar mi bolsa a Thomas?

—Hacedlo. Justo es que paguéis vuestro hospedaje.

Thomas l'Agnelet recibió con indiferencia la pesada bolsa repleta de monedas de oro.

El Pirata Negro tendió sus manos hacia delante, juntándolas. Archibald Clerk denegó con la cabeza.

—Sois mi prisionero, pero no pienso ataros si no me forzáis a ello. Deben evitarse humillaciones inútiles. Tenéis fama de audaz, pero también de caballeroso. Es lástima que seáis pirata.

Dadme simplemente vuestra palabra de que no intentaréis huir.

—No os la puedo dar. Ahora soy conejo..., pero deseo convertirme en liebre cuanto antes me sea posible.

Archibald Clerk dió una orden. Cinco soldados en rígida postura se colocaron a ambos lados del Pirata Negro. Otros cinco formando barrera delantera precedieron al pirata, mientras otros diez se abrían en semicírculo tras Carlos Lezama.

—Nunca tuvo Thomas tantos clientes a la' vez. Ocupamos todo el lugar disponible. Gracias por no atarme, teniente Clerk.

El oficial dió la orden de marcha, y Carlos Lezama empezó a andar, rodeado

por el pelotón de soldados. Cruzaba la puerta cuando Thomas l'Agnelet habló por vez primera:

—Recuerda, muchacho. Cinco veces... y te estoy hablando.

—Tres veces... y la cuarta no ha llegado aún. Volveré a hablarte, abuelo.

—Buena suerte.

Archibald Clerk, acompañado de su sargento, abandonó la casucha del viejo bucanero. El grupo de soldados se hizo más compacto en la obscura noche, rodeando como muralla viviente a Carlos Lezama.

El pirata silbaba entre dientes. Kingston distaba treinta kilómetros y el sendero era largo y polvoriento.

—Contadme algún bello cuento de

hadas, teniente. Hacedme más entretenida la marcha.

—Os ruego silencio. Desde ahora sois solamente un preso. Y no roe podéis dirigir la palabra. Es la ley.

—Ya decía con razón un conocido mío que los ingleses sólo saben pronunciar cada dos minutos la palabra “ley”. Por suerte, son también corteses. Guardaré silencio. Bien os debo eso, a cambio de haber dejado en paz a Thomas l’Agnelet.

CAPITULO II

La ley inglesa

Lucían los primeros albores de la madrugada, cuando el extraño cortejo atravesaba las desiertas calles de Kingston, la capital jamaiquina.

Los soldados apagaron las mechas que habían mantenido continuamente encendidas, renovándolas varias veces. Desenvainaron sus espadas a otra orden de[1] Archibald Clerk, y su grupo siguió siendo una muralla compacta, en cuyo

centro Carlos Lezama, con la cabeza erguida, examinaba las grises fachadas de las residencias británicas.

—Tengo sed, teniente. Admiro vuestras gargantas. Ocho horas de caminata y no habéis remojado el gaznate.

—Beberéis en la fortaleza. Guardad silencio.

—Es la ley—acotó el Pirata Negro, sonriendo.

Subió el cortejo la empinada callejuela empedrada que terminaba en una gran explanada en la que se erguía, altiva, la fortaleza inexpugnable del castillo de Saint-James.

La escolta que conducía al pirata atravesó el largo puente tendido que

facilitaba el acceso al cuerpo de guardia, pendiendo de cadenas encima del ancho foso de quietas aguas que rodeaba las parduscas piedras sillares de la fortaleza de redondos torreones.

En el cuerpo de guardia, un capitán británico devolvió el saludo a Archibald Clerk.

—En la ensenada de Cockpit hicimos prisionero a ese pirata. Se rindió sin luchar y no ha intentado huir. Es el español conocido por el Pirata Negro.

El capitán habló unos instantes con un sargento. Cuando entró un soldado portando dos muñequeras de hierro de las que pendía una cadena, trabada también a otras dos piezas de hierro más anchas, el Pirata Negro las examinó con

ojos de experto.

—Bien equipados estáis, señores ingleses—habló, mientras el soldado pasaba por sus tobillos las dos piezas de hierro, que cerró con llave, repitiendo la operación alrededor de las muñecas del pirata—. Procuraré algún día devolveros la amabilidad, señor capitán.

—Silencio, prisionero—dijo el capitán, con tono secamente autoritario—. Conducidlo al calabozo seis de la esquina norte.

—Espero que tenga vistas al mar—dijo Lezama, empujado por el soldado y andando dificultosamente—. Quita tus manos de mis espaldas, esbirro. Ando solo, sin necesidad de ayuda. Procura tú

correr lo mejor que sepas cuando me veas sin esos adornos.

Salió de la sala, mientras el capitán desarrugaba el entrecejo.

—Esos piratas son la insolencia personificada. Os felicito, teniente. Informaré al señor gobernador de vuestra meritoria labor. Pero ahora debéis partir de nuevo a cumplir la misión que os estaba asignada. No volváis hasta traerme vivo o muerto al bucanero.

El teniente Archibald Clerk saludó y abandonó la estancia.

* * *

Henry Storks entró en el salón donde

mi esposa desayunaba. Besó galantemente la mano que ella le tendía y se sentó al otro extremo de la larga mesa.

—Perdonad que no os haya aguardado, Henry. Debo estar a las diez en casa de Lady Gasket. No os oculto que la visito con frecuencia.

—No deberíais hacerlo, querida— dijo Henry Storks sirviéndose de la bandeja que le presentaba un lacayo. —Robert Gasket es mi enemigo y no me aprecia. Su señora madre, menos aún. Me odia como sólo saben odiar las mujeres. Es lamentable que una dama inglesa no sepa dominar mejor sus sentimientos, y procure disimular el odio que hacia mí siente.

—Antes que mujer, es madre, Henry— dijo ella suavemente.

Ethel Clarence, Lady Storks por su enlace con el hombre que había llegado a ser gobernador de Jamaica, era la plasmación de la delicada belleza inglesa. Su sonrosada tez tenía una lechosa transparencia en la frente aureolada por rubios cabellos, y los verdes ojos miraban con Cariño al hombre que, siendo su marido, sabía siempre tener para con ella atenciones de enamorado juvenil.

Henry Storks era un robusto caballero de recia complexión sanguínea.y ponía sumo cuidado en la elección de sus trajes desde que habíase oído calificar de “el hombre más elegante de

Kingston”.

Su alba pechera de encajes estaba surcada por el negro cordón que sostenía la nacarada empuñadura de unos impertinentes. La vista de Henry Storks, gobernador de Jamaica, era perfecta, y para nada necesitaba los cristales de aquellos anteojos de oro. Pero era un complemento que estimaba como el último toque del atuendo de un hombre distinguido.

Un capitán cuadróse en el umbral del salón-comedor.

—¿Qué queréis, Smith?

—Perdone su excelencia que le importune. Acaba de ingresar en el calabozo seis el español conocido por el Pirata Negro. Ha sido hecho

prisionero por el teniente Clerk.

—¡Ah, ah!...—murmuró pensativo el gobernador, asestando una mirada de curiosidad a través de sus impertinentes sobre la figura del capitán—. ¿Y cuáles eran los motivos de su presencia en “mi” isla?

—El teniendo Clerk lo apresó en la ensenada de Cockpit. Estaba solo.

—No ha de andar lejos su nave. Luego lo interrogaré. Podéis retiraros, Smith.

—Un momento, por favor—intervino Lady Storks—. ¿Os disgustaría, Henry, que yo manifestara un capricho pueril? Me gustaría ver a ese pirata. Nunca he visto a ninguno.

—Dad gracias al cielo por ello, querida. Pero no quiero que vuestros

lindos pies se ensucien con la paja que rebosa en los pasadizos de los calabozos.

—Traedlo aquí. Hay pocas diversiones en Kingston, y podré interesar a las damas de la capital contándoles que he visto al feroz corsario español.

—No es muy legal lo que me pedís, querida; pero, en fin, es tarde ya para empezar a ser lo que nunca sabré. Un marido que conoce el empleo de la sílaba: "no". Dad órdenes para que conduzcan a ese pirata aquí, Smith.

—A vuestras órdenes, excelencia. Al quedarse solos, Henry Storks no empleó los impertinentes para mirar a su esposa. La reprochó con la más cariñosa de sus

sonrisas.

—Sois infantil por momentos, querida. Os amo más por ello, si es posible en un hombre que tanto os quiere, pero debéis tener en cuenta que la ley inglesa no tiene artículo alguno que cite la necesidad imperativa de que un corsario aprisionado sirva de distracción a la esposa de un gobernador.

—Gozaré en su humillación, Henry —dijo ella con los labios prietos—. Mi padre y mi hermano murieron en el mar a manos de un pirata inglés. Todos ellos son seres sin alma, sanguinarios y crueles, y merecen la peor de las muertes.

—Sólo disponemos de horca, pero creo que bastará, querida.

Carlos Lezama, andando a pasos lentos, entró en el salón comedor. Sus muñecas aprisionadas ante su cintura ostentaban los puños cerrados. Inclinóse en leve reverencia ante Lady. Storks y dejó de mirarla para enfrentarse con el gobernador, que, al otro extremo de la mesa, lo contemplaba a través de los impertinentes.

El examen no prolongaba y ambos esposos guardaban silencio.

—¿Es costumbre inglesa invitar a los prisioneros a desayunar? —preguntó Carlos Lezama—. El carcelero me dijo que debía presentarme ante el gobernador.

—Estás ante él, pirata—dijo Henry Storks, extrañado de que el español

hablara su idioma y no emplease exclamaciones malsonantes de ira y despecho.

—He visto a muchos gobernadores en diferentes circunstancias. No empleaban esos aros de cristal, propios de viejas damas fatigadas. ¿Por qué me has mandado llamar?

—Es osado el bribón—dijo Storks, dirigiéndose a su esposa—. Me tutea y creo que ha ridiculizado ante vos, querida, mis anteojos.

—Me complace escucharle—dijo ella lanzando una hostil mirada al pirata—. Lanza sus últimas bravatas antes de que la cuerda del verdugo oprima su cuello.

—Vuestras palabras, señora, no corresponden a vuestro aspecto. Los

ángeles sonrosados no manchan sus labios de rosa mentando al sucio cáñamo del verdugo.

Henry Storks contempló con renovada curiosidad al pirata, que hablaba casi como un cortesano.

—Ten la lengua, pirata. Tu obligación es callarte.

—Y la tuya, cumplir con tu deber de gobernador. ¿De cuándo acá los presos sirven de diversión a las damas, por más bellas que sean? Ordena que me cuelguen, pero ten la suficiente cortesía de evitarme el servir de distracción a esa linda dama, cuyos sentimientos son poco dulces, cuando está ya deseosa de que yo saque la lengua a la muerte. A ella nada le he hecho.

—Es mi esposa, bribón. Y uno de los tuyos mató a su padre y a su hermano en el mar.

—¿Uno de los míos? Recuérdame la acción. ¿En qué combate fué?

—Era un pirata inglés. Y no sé por qué te hablo así. No eres mi igual, y ya he tenido bastante consideración con no mandarte azotar por deslenguado.

—Encadenado estoy, pero tu ley no ha mandado construir cepos para la lengua. Excusad, señora, si mi presencia os recuerda la muerte de seres queridos. Y ahora admito vuestras palabras. Tenéis razón al desear que el verdugo se las entienda conmigo.

Carlos Lezama dió media vuelta, tardando en hacerlo por la traba que

sujetaba sus tobillos. Henry Storks volvió a asestar sus impertinentes sobre el pirata.

—¿Quién te ha ordenado marcharte, bribón?

Carlos Lezama siguió andando hacia la puerta. Henry Storks lució un más intenso color rojo en las mejillas.

—¡Centinela! ¡Sujeta a ese hombre y dale media vuelta!

El soldado que había acompañado al piraba entró precipitadamente al oír la enérgica orden del gobernador.

Rodeó con sus manos los hombros de Lezama, quien, con fuerte torsión de cintura, proyectó su frente contra el pocho del soldado, que cayó al suelo.

Otros dos soldados, los que guardaban

las puertas de acceso a los salones de la residencia del gobernador, acudieron presurosos, e, inmovilizado por mus brazos, el Pirata Negro fué obligado a dar frente a Henry Storks y su esposa.

—Creo que tendré que ordenar que te administren veinte latigazos, bribón dijo Storks, iracundo, aunque dominándose No Le di permiso para salir, y has derribado a un soldado.

—Hubiese deseado que mi frente chocase contra la tuya, inglés. Presumes de elegante en tus vestidos, pero no tienes la elegancia de sal>cr ser hombre. Humillar no es ley inglesa.

—Dejadlo que se retire, Henry —intervino entonces, inesperadamente, Lady Storks—. Me molesta el verlo.

—Como queráis, Ethel. Vino, porque vos lo deseasteis. Lógico es, pues, que se retire a vuestra orden. ¡Lleváoslo! Y agradece, bribón, que Lady Storks no haya querido que continuaras aquí. Creo que nada té habría podido salvar de los latigazos que pensaba hacerte dar para ablandar tu insolencia.

—Hay gobernadores a los que me gustaría ver bailar una jiga escocesa en lo alto del palo mayor de mi barco.

—¡Lleváoslo!—rugió Storks.

Y cuando el pirata hubo desaparecido, casi arrastrado por cuatro soldados, Henry Storks se limpió los labios con una servilleta de lujosa holanda, para recuperar el dominio de sí mismo.

Ethel Clarence levantóse y fué a besar

a su marido en la frente.

—Perdonadme, Henry. No debí pedir tamaña tontería. Os habéis irritado por mi culpa.

El gobernador cogió afectuosamente las dos manos de su esposa.

—Perdonadme vos. Ese bribón me hizo perder el control de mis nervios

y os he dado un deplorable espectáculo con la manifestación de mi cólera. Pero os prometo que, aunque sea solamente en ínfima parte, vuestros seres queridos quedarán vengados. Este mismo mediodía será colgado el Pirata Negro. No quiero que sus hombres intenten salvarlo, y maten a algunos de mis soldados. Muerto el Pirata Negro, su tripulación buscará otro jefe. Hasta

luego, querida; no lleguéis tarde a vuestra entrevista con Lady Gasket. Y pensad en lo que os dije. Espaciad vuestras visitas a esa señora.

* * *

Tres carpinteros acabaron de montar en el patio central de la fortaleza de Saint-James el entarimado rectangular, sobre el que clavetearon a continuación un poste que terminaba en una cuna triangular saliente.

En la cara inferior de la cuña, un recio gancho de hierro brillaba recientemente engrasado. Los carpinteros comprobaron que las charnelas clavadas sobre una placa de madera abierta en el

entarimado funcionaban adecuadamente. Y sus pasos resonaron sobre los escalones que conducían del patíbulo al suelo empedrado.

Abandonaron la fortaleza, y poco después subía al entarimado un individuo vestido de paisano, portador de una larga cuerda de cáñamo. Con habilidad que denotaba su profesión, el verdugo trenzó uno de los extremos de la cuerda alrededor del garfio y segó con un instrumento especial lo sobrante de la cuerda, que quedó colgante en forma de lazo, encima de la madera levantada que se abría a dos metros del suelo empedrado.

El verdugo hizo girar las charnelas, y la madera se cerró a modo de cubierta

de caja, quedando la superficie del entarimado totalmente lisa. Encajó el verdugo los dos salientes opuestos a las charnelas y la madera soportó su peso.

Sonrió satisfecho. La ejecución sería llevada a cabo sin contratiempo. Cuando los pies del pirata reposasen sobre la plataforma inmóvil y el gobernador diese la señal, bastaría que él empujase los dos salientes con la cuña preparada al efecto, y la plataforma se abatiría hacia el vacío, dejando colgado al pirata, cuyos pies no hallarían ya apoyo.

A las doce en punto, Lady Storks, su esposo y su cuñada Elisabeth se sentaron en los sillones dispuestos para este fin.

Las fuerzas de la guarnición formaron

cuadro alrededor del patíbulo, e instantes después entraba en el patio Carlos Lezama, cuyas muñecas seguían presas, pero libres los tobillos.

El Pirata Negro miró los pulidos uniformen de la guarnición, sonrió contemplando los tres sillones ocupados por dos mujeres y el gobernador; y desvió la vista del lazo de cuerda que colgaba del patíbulo.

—He condado demasiado en mi buena estrella, que hasta ahora nunca me había abandonado—dijo en español, siguiendo los pasos del capitán, que, con la espada desenvainada, le precedía hacia el patíbulo—. Debí morir con Thomas l'Agnelet. A él le habría ahorrado una muerte impropia de su historial, y a mí...

ese infamante epílogo. Esos ingleses son demasiado prudentes. Sus calabozos con cofres y sus soldados tumbas insobornables.

Al pasar ante los sillones ocupados por el gobernador y las dos hermanas, el Pirata Negro no les miró. Escupió al suelo delante de sí.

—Las damas españolas no se desacreditan manifestando afición a espectáculos impropios de feminidades —dijo en voz alta en inglés.

Cerca de la escalinata de madera que conducía al entarimado, su pie tropezó, y hubiese perdido el equilibrio si no le hubiera sostenido el capitán por el brazo.

—Quede claro, capitán, que esas

escaleras están mal construidas. Tropecé... pero no vacilé. Y aclarado ese punto, debo deciros, capitán, que eso es un mal presagio. En mi lugar, un supersticioso se volvería a casa.

El verdugo pasó alrededor del cuello de Carlos Lezama el lazo de cáñamo. El Pirata Negro abrió las piernas y miró hacia el cielo.

—Me temo que me has ganado, Thomas—murmuró—. Fueron cinco las veces que te viste así. Y yo no creo que llegue a la cuarta y lo pueda contar. Abrevia, verdugo.

Pero el verdugo no empujó la cuña que debía hacer bascular la plataforma y suspender en el vacío al pirata. Apartóse, y con atenta expresión esperó

que se cumpliera el rito obligatorio.

Henry Storks, con majestuoso ademán, se puso en pie, desenrollando un pergamino en el que había escrito los artículos de la ley que iba a leer.

Dirigió una hosca mirada al hombre que en el patíbulo erguía la cabeza hacia el cielo. Tosió discretamente, intentando llamar la atención del que iba a ser inmediatamente ejecutado, pero Carlos Lezama seguía mirando hacia lo alto.

—En nombre de Su Majestad el Bey de Inglaterra—empezó Henry Storks con voz tonante—. Apresado el pirata conocido por el Pirata Negro, culpable de latrocinios y crímenes...

—¡Mientes! Guerrear no es cometer crímenes—dijo Carlos Lezama, pero

serenóse y sonrió—. En tan poco airosa postura, no convencería a nadie de que no he matado sino a quien mereciera castigo y en franca lucha.. Continúa leyendo tus mentiras, lechuguino.

Henry Storks sintió de nuevo que sus mejillas se encendían. Pero la ley inglesa tenía un apartado que rezaba: "...y será colgado del cuello hasta que la muerte llegue. En sus últimos instantes no podrá privársele del uso de la palabra, por si tiene algo que alegar en su defensa". Y era fórmula común para cuantos fueran ajusticiados.

—Apresado el pirata llamado Pirata Negro, y siendo culpable de crímenes y latrocinios—repitió Storks fuertemente —, purgará sus delitos con la justa

muerte que le pertenece. —Desenrolló el pergamino y leyó: —“En uso de mis atribuciones como gobernador, y asistido por la compañía de los individuo que a mi familia pertenecen por lazos matrimoniales, obedeciendo a la ley que así lo ordena en el apartado sexto del articulado general, procedo a dar la orden de ejecución. Orden basada en el artículo sesenta de los Dictámenes Reales para las Colonias Británicas, en las que se especifica que todo pirata o corsario preso en posesiones británicas será colgado hasta que la muerte llegue. Que Dios se apiade de tu alma, Pirata Negro.”'

Dobló Henry Storks el pergamino y volvió a sentarse, cubriéndose la

empolvada peluca con el tricornio de negro terciopelo.

—La ley inglesa te concede la autorización para hablar, si así lo deseas, pirata. Puedes exponer aquello que consideres legítimo en tu defensa para que todos los reunidos puedan oírte. Aunque será inútil cuanto digas, pues, siendo pirata, has de morir.

—La única manera de defenderme sería manteniendo entre mis manos una espada: No me la darás. Por lo tanto, puedes ya darle a tu verdugo la señal, porque yo...

Henry Storks giró la cabeza con muestras de desagrado al oír una voz aguda que pronunciaba palabras precipitadas, mientras la autora del

inesperado incidente se debatía entro los brazos de dos oficiales que respetuosa, pero firmemente, la sujetaban.

—¡Este hombre no puede ser ejecutado!—gritaba la anciana y distinguida dama que acababa de irrumpir en el patio central de la fortaleza—. La ley inglesa no permite esa ejecución.

Carlos Lezama bajó la vista para contemplar a la intrusa, cuya llegada había impedido que el gobernador diera la señal al verdugo.

Alta y delgada, la anciana vestía con suntuosa esplendez, y los blancos cabellos enmarcaban un rostro algo marchito, pero que debía de haber poseído una gran belleza.

Henry Storks levantóse y, acercándose a la anciana, hizo un ademán que obligó a los dos oficiales que intentaban en vano detener los pasos de la intrusa, a soltarla.

—A vuestros pies, señora. Luego averiguaré quién os permitió la entrada. Pero ahora os ruego me digáis a qué obedece vuestra inoportuna exclamación invocando una ley que yo soy el primero en respetar.

Los negros ojos de la anciana parecieron destellar al posarse con desprecio en el rostro hermoso y varonil del gobernador.

—Ese hombre no puede ser ejecutado —dijo ella señalando al extrañado Pirata Negro, que no recordaba haber

nunca conocido a aquella dama que tan oportunamente había intervenido, retardando unos instantes su ejecución.

—¿De qué conocéis vos a ese bandido y en nombre de qué lo defendéis? —interrogó Henry Storks, que acababa de obligar a su esposa a volver a sentarse, impidiéndola acercarse a la anciana.

—De nada lo conozco, pero lo defiendo, no por lo que eso pueda ser, sino en nombre del bando real que no ha sido derogado. El apartado cuarto dice con claridad que cualquier delincuente, sean cuales sean sus crímenes, no será ejecutado hasta recibir el "placet" real británico, si el criminal pertenece a otra nacionalidad. Y vos no poseéis esa autorización real, porque ese pirata ha

sido preso esa mañana, según vuestra esposa ha tenido a bien contarme.

—Bien veo, señora, que durante el gobierno de vuestro hijo, erais vos quien realmente mandaba. Conocéis la ley mejor que yo. Creedme si os digo que ignoraba el apartado del bando que citáis. Permitidme que lo consulte.

—¿Dudáis, acaso, de mi palabra? Más razones tendría yo para dudar de vos.

—Os ruego, señora, por la amistad que mi esposa os profesa, que os dignéis recordar que el gobernador de Jamaica soy yo. ¡Verdugo! Quita el lazo del cuello del sentenciado. A mi regreso daré la orden de que sea colgado.

La dama precedió con altivez al gobernador, mientras éste se dirigía

hacia el pabellón de la fortaleza donde estaban instaladas las habitaciones de su residencia.

Carlos Lezama observó el cuadro formado por el batallón que guarnecía la fortaleza y que en aquel momento rodeaba el patíbulo. Pero no miró linda donde estaban los sillones que ocupaban la esposa y la cuñada de Henry Storks.

—Dime, verdugo: estas suspensiones de la final suspensión, ¿son frecuentes entre vosotros? Las encuentro de un gusto deplorable.

El verdugo guardó silencio, limitándose a sostener con ademán significativo entre sus dos manos la ancha espada que había desenvainado mientras Carlos Lezama se apoyaba

contra el poste de la horca.

—¿Quién es esta anciana que tanto vigor posee en la voz y en los ademanes? Puedes contestarme. Vuestra ley, que tanto mencionáis, tiene la bondad de permitir hablar a los que están como yo—y el Pirata Negro señaló el lazo de Cáñamo que se balanceaba delante de él.

—Esta dama es Lady Gasket, la señora madre del ex gobernador. —aclaró concisamente el verdugo.

* * *

Henry Storks aguardó a que Lady Gasket tomara asiento frente a la mesa-despacho para sentarse él. Fué

consultando los manuscritos en los que estaban recopiladas todas las disposiciones reales.

—No encuentro ese dictamen que indicáis, señora.

—Buscad entre las hojas medias del manuscrito que está ahí, en aquel estante.

—Conocéis perfectamente la topografía de mi biblioteca, señora.

—Antes que vuestra, fué de mi hijo.

—Y vos erais quien la usufructuaba. No lo ignoro.

Henry Stocks fingió rebuscar entre las páginas pergaminosas del manuscrito señalado.

—Volved atrás varias hojas, Storks —dijo Lady Gasket—. He visto

perfectamente la hoja amarillenta en que yo misma anoté varias referencias.

Henry Storks extrajo la hoja amarillenta y leyó su contenido.

—Teníais razón, señora. Pero comprended que yo ignoraba tal disposición. Fué dictada en tiempos del gobierno de vuestro hijo, y éste, al ser destituido, bien podía habérmelo comunicado.

—Su destitución no fué legalmente efectuada..., y no podía, por...

—Perdonad que os interrumpa, señora. Os acompañaré hasta el exterior. Si me permitís, daré primero la señal convenida de suspensión de la ejecución.

Henry Storks asomóse al balcón que

daba sobre el patio central y agitó el pergamino arrollado.

—Llevad al preso a la celda de condenados a muerte. No será ejecutado hasta la llegada del “placet” real— dijo al capitán que presuroso vino a colocarse bajo el balcón.

—Ahora os eximo de acompañarme, Storks. Bien sabéis que os odio—dijo la anciana, en cuyos ojos era visible el sentimiento que manifestaba.

—Sois libre de decirme cuanto queráis, señora. Sois mujer de edad, y no os está escuchando el gobernador, sino el caballero.

—Eso es lo que aparentáis ser, Storks. Pero nada tenéis de caballero. Buenos días.

—Siempre a vuestras órdenes, Lady Gasket.

La reverencia de Henry Storks fué profunda y respetuosa. Pero quedó definida su doble personalidad cuando Lady Gasket hubo abandonado el despacho.

El actual gobernador de Jamaica, crispando los puños, murmuró:

—¡Condenada vieja arpía! Nada le importaba que muriera o viviera el pirata, pero le ha salvado, de momento, sólo para ponerme en evidencia. ¡Como si yo no conociera la ley que ha citado! Pero me convenía aparentar que no la conocía...

Instantes después, Ethel Clarence entraba y, deteniéndose ante su marido,

preguntó, extrañada:

—¿No conocíais el artículo del bando citado por Lady Gasket?

—¿Cómo lo iba a conocer, querida? Respeto demasiado la ley de nuestra patria para ordenar cualquier desacato, aunque fuera de carácter tan levemente formulista como el que iba a ser cometido. De todas formas, os vuelvo a rogar que no visitéis más a Lady Gasket. Su acción no ha tenido más fin que el de humillarme. ¡Oh! No al hombre que soy, sino al cargo que ostento. ¿Me prometéis no verla más y negarle la palabra?

—Si así lo deseáis, así lo haré.

—Gracias, Ethel. Y en cuanto al resultado, ¡qué más da! El Pirata Negro morirá igualmente... tan pronto llegue el

“placet” real.

Pero en el cerebro de Henry Storks se fraguaba ya una idea: un envenenamiento le ahorraría una espera que no le convenía.

CAPITULO III

Un pacto

El Pirata Negro había sido trasladado a un nuevo calabozo. Más tétrico que el anterior, la luz sólo llegaba por una alta lucarna abierta muy en lo alto del muro.

El carcelero había revisado con suma atención las argollas y las cadenas que mantenían sentado al prisionero sobre el camastro de paja, y a las nueve de la noche del día en que Lady Gasket había impedido la ejecución, Carlos Lezama

sintió por vez primera ascender una sorda cólera en su interior cuando presenció el gesto con el cual el carcelero tiraba sobre el camastro un trozo de pan y depositaba un plato hondo rebosante de agua.

—¿Soy acaso un perro para beber sorbiendo y comer mordisqueando? Desátame siquiera una mano, y déjame comer y refrescar la garganta como un ser humano que soy.

—Ordenes severas, pirata. No puedes ser desatado bajo ningún concepto. Tiéndete y podrás beber.

Carlos Lezama se tendió pendiente de las cadenas que le sujetaban a la argolla empotrada en el muro, pero fué para derribar el plato con su contenido al

suelo, e hizo lo mismo con el mendrugo.

El carcelero recogió el plato y colocó en el bolsillo de su delantal de cuero el mendrugo de pan. Agitó el manojo de llaves.

—Hasta mañana por la noche no volverás a tener ocasión de beber ni de comer. No volveré hasta entonces.

—Cuanto menos te vea, más me alegraré. Hay cargos que un hombre nunca admite. Y uno de esos cargos es el de carcelero.

Al quedarse solo, Carlos Lezama recordó a Thomas l'Agnelet.

—¿Cómo harías, abuelo, para salir de aquí dentro? Si vieras esas paredes y esas cadenas, comprenderías que ni tu ni cien como yo rompen esas amarras. Pero

si el Rey de Inglaterra ha de dar permiso para que yo baile al extremo de una soga, quedan aún días por delante. Procuremos meditar. ¿Un ratón? — dijo, sonriendo, al ver un roedor que salía de un diminuto agujero, casi invisible en la base de la pared fronteriza—. Aunque lo amaestrara, sus dientes no me servirían contra esos hierros. Si fuera posible cambiar de cuerpos, le pediría, el suyo prestado.

Apoyó la nuca contra la lisa pared y miró fijamente las grandes piedras sillares frente a. él. Fué entreteniéndose en ver destilar las imágenes de su lejana infancia que plasmaba sobre el muro...

Sus ojos, hasta entonces perdidos en la contemplación de tiempos pasados y tan

distintos, perdieron su vaguedad y sus pupilas se concentraron en un fenómeno que le hizo creer que era creado por la refracción lunar que atravesaba las altas rejas de la lucarna.

El muro parecía partirse en un rectángulo oblongo... y girar lentamente sobre unos invisibles goznes a modo de puerta.

—Veinticuatro horas sin comer ni beber, y me figuro ya que hay puertas en ese muro—dijo en voz alta.

Parpadeó asombrado cuando la alta y severa figura de Lady Gasket hizo girar de nuevo el rectángulo de piedra, hasta que, en vez de la negra abertura., quedó ella ante él, mirándole.

—Habláis inglés, creo, Pirata Negro.

Buenas noches.

—Sois un ser humano, Lady Gasket. Perdonad si por un instante os supuse aparición espectral, como habría creído un vulgar pirata de los que mando. Gran poder tenéis sobre el gobernador cuando a esas horas podéis visitar a un preso. Fingid no oírme si os digo que no comparto las aficiones a que parecen inclinadas las damas británicas. Esta mañana, una de ellas, la esposa del gobernador, pareció desear divertirse viéndome encadenado. Más tarde, vi de soslayo a dos damas confortablemente sentadas aguardando el poco agradable cuadro de un pirata colgando y girando con los ojos salientes, muequeando y con la lengua hinchada. Y después vos

acudisteis a posponer mi ejecución, para visitarme ahora. Las mujeres deben vivir ajenas a estas cosas. ¿No sabéis hacer calceta para vuestros nietos o bordados para vuestras mesas?

—Hasta ahora os he escuchado. He oído hablar de vos. Me dijeron que erais charlatán y burlón. Pero también me afirmaron que erais hombre que hacía honor a su palabra, aunque fuera la palabra de un pirata. Estoy aquí, mas no para contemplaros y no porque el gobernador me haya autorizado a esa visita. He entrado por un pasadizo que conozco, porque entes era mi hijo quien gobernaba Jamaica.

—Mal he hecho, entonces, en hablar en voz tan alta. El carcelero puede

acudir y pediros descortés cuenta de esa nocturna visita a un condenado a muerte.

—Esos muros son infranqueables a todo ruido. Cuanto tengo que deciros es largo, y os conviene escucharlo.



...cuando la alta y severa figura...

—Mi nombre es Carlos Lezama, señora. Supongo que no visitáis al Pirata Negro, sino al hombre que, según os han dicho, hace honor a la palabra que empeña. ¿Puedo preguntaros por qué esta mañana detuvisteis el brazo del verdugo?

—En primer lugar, porque se cometía una infracción a la ley.

—Me había hecho ya a la idea de que iba a morir, Lady Gasket.

—En segundo lugar, no quería que murieseis... Cuando esta mañana vino a decirme Lady Storks que estabais preso y que seríais ejecutado al mediodía, de momento no pensé en cuanto luego hice. Pero recordé de pronto, cercano ya el

mediodía, dos cosas: la primera, que, siendo español, no podíais ser ahorcado por la sola orden del gobernador. Se precisaba el "placet" real, o sea la autorización. Y, en segundo lugar, recordé la relación de un panameño que os llamaba "la espada justiciera" y narró vuestra intervención para derrocar al aventurero portugués que había anulado la voluntad del Virrey en Panamá[2].

—Fué aquélla una de las tantas veces en que me mezclé en asuntos que no eran de mi incumbencia.

—Tampoco será de vuestra incumbencia lo que vengo a explicaros. Pero escuchadme con atención. Mi hijo gobernaba hasta hace un mes en

Jamaica. Henry Storks, el que es ahora el actual gobernador, era su mejor amigo, al parecer. Inesperadamente vino de Inglaterra un barco y tomó tierra un emisario real que venía a comprobar supuestas falsedades cometidas por mi hijo. Al parecer, un correo había llevado al ministro de Colonias pruebas de que mi hijo tenía deudas que no pagaba. Deudas contraídas en infames lugares de perdición de los vecinos puertos antillanos. Fué destituido y en su lugar fué nombrado gobernador Henry Storks. Y yo tengo la certeza de que esos reconocimientos de deudas firmados por mi hijo son meros papeles falsificados por Henry Storks.

—Una madre siempre halla excusa para sus hijos. Pero perdonad, señora, si os ruego que juzguéis mi situación y comprendáis que no esté muy dispuesto a lamentar la mala estrella de vuestro hijo.

—Ningún Gasket ha solicitado nunca lástima de nadie—dijo ella irguiéndose altiva—. De vos sólo quiero la espada que llaman "la justiciera".

El Pirata Negro trató de incorporarse, súbitamente interesado.

Tengo grilletes en los pies y cadenas en los brazos, señora. ¿Os dais cuenta de ello?

—Y yo también estoy encadenada. Mi hijo nada puede hacer contra su antiguo amigo. Cualquier acción que

emprendiera, le valdría la horca como conspirador contra el gobernador. Ningún inglés de la Isla me ayudará, porque respetan demasiado las leyes y creen que mis palabras son dictadas por mi corazón de madre, como antes me dijisteis. Pero vos, es distinto; para vos las leyes no existen.

—Acertáis, señora. Sólo observo escasas leyes particulares, y una de ellas es ser fiel a mi palabra. ¿Qué deseáis de mí?

—Cuando llegue el "placet", seréis ahorcado irremisiblemente. Os puedo evitar esa muerte. Puedo en este mismo instante soltar vuestras cadenas y daros libertad.

—Aparición espectral me parecisteis

antes, señora. Ahora sois la más materna de las hadas. No recuerdo a mi madre, pero sería como vos. Alta y arrogante; bellamente enérgica, sin perder feminidad..., y también ella me hubiera salvado de la muerte, como vos en nombre de vuestro hijo me ofrecéis la salvación.

—Sí; es por mi hijo por el que falto a la ley de mi nación. Si vos os lo proponéis, podéis obligar a Henry Storks a que confiese su traición, que él fué quien preparó trampas en las que mi incauto hijo cayó, confiado en la amistad del hombre más hipócrita que la tierra soporta. El método que empleéis para obligar a Henry Storks a confesar, no quiero saberlo. Quiero sólo vuestra

palabra de que, por vuestra vida salva, no abandonaréis Jamaica sin obtener la destitución de Henry Storks.

—¿Merece Storks la muerte?

—Le odio..., pero no puedo decir que le matéis. Si mi hijo no lo ha hecho, es porque no lo debe de creer pertinente. Ademán, por el hecho de matarlo nada se resolvería. Sólo os daré la libertad si me juráis, no sólo respetar la vida de Henry Storks, sino también obligarle a confesar la artimaña de que se valió para que el emisario real creyera en la mala conducta impropia de un gobernador, que, al parecer, es de lo que se le acusó, sin que mi hijo pudiera o supiera defenderse.

—Yo os doy mi palabra de que mi

vida vale tanto para mí, que, a cambio de ella, Henry Storks me confesará, no sólo lo que deseáis saber, sino también muchas otras cosas.

—¿Sabéis, lo que son gabelas?

—No las pago, pero las conozco. Los impuestos reales que en todos los puertos se pagan para la adquisición de comestibles y géneros del país. Eso son gabelas.

—Leo extrañeza en vuestro rostro. Os he preguntado esa incongruencia, porque tengo la certidumbre, pero no poseo pruebas, de que Henry Storks se enriquece a costa de los impuestos que en Kingston se pagan. De qué medio se vale, no lo sé, pero tengo la certeza de que no me extravía el odio al hacer esa

afirmación.

—Desatadme, señora, y saldremos de dudas.

La anciana hurgó en su escarcela y probó varias llaves hasta que el Pirata Negro sintióse libre. Frotó sus entumecidos miembros, y con expresión sonriente inclinóse ante la anciana, cuya diestra besó.

—Perdonad que en vuestra piel quede impresa la huella de unos labios de bandido, señora. Recordad a vuestro hijo, y yo recuerdo a mi madre, a la que nunca conocí.

Lady Gasket sonrió, y su semblante melancólico cobró nueva vitalidad.

—Sois tal cual me dijeron. Vuestras palabras hacen olvidar que sois,

desgraciadamente, un pirata.

—Quizá sea yo el primero en lamentarlo, Lady Gasket. La luna en Jamaica debe de poseer influencias románticas, señora, pero no puedo permitir que me enternezcan esos rayos plateados que acarician vuestro rostro. Al fin y al cabo, soy el Pirata Negro.

Las negras pupilas, siempre audaces e insolentes, del Pirata Negro, tenían un empañamiento húmedo que Lady Gasket, muy británicamente, fingió no percibir.

—Venid. Por el pasadizo os conduciré al exterior.

—Dejadme pensar un instante, señora. Mañana el carcelero no me encontrará, y lógicamente nadie creerá que me he evaporado. ¿No podrán sospechar de

vos?

—No me importa.

—A mí, sí, señora. Os he dicho ya que mi vida vale mucho para mí, pero nada vale si por salvarla habéis de sufrir vos el menor contratiempo.

—Olvidad que sois un español sentimental y pensad prácticamente. Vámonos.

—¿Teméis que acuda alguien?

—Nadie ha de venir en toda la noche.

—Entonces, prestadme unos instantes de paciencia: He huido varias veces de lugares como éstos, pero siempre dejé huellas de mi paso. Y cargó con las culpas quien lo merecía. ¿Podéis decirme dónde duerme el carcelero?

—¿Qué pretendéis?

—Colocarlo en mi lugar. Si no le visitan hasta mañana a la madrugada, son más horas de las suficientes para que yo no vuelva a caer preso.

—Esta celda es la tercera y última de las tres celdas de los condenados a muerte. El carcelero vive en esta galería permanentemente, y sólo baja a dar la novedad a las nueve de la mañana. Dejadlo en paz, porque duerme profundamente. Gracias a un oficial amigo mío, el carcelero ha recibido una botella de buen vino que ha apurado y que contenía un poderoso narcótico que no le dejará despertarse antes de las ocho.

—Mejor que mejor, señora. Que se despierte en ese camastro y que los

ingleses se rompan los cascos intentando averiguar por qué arte mágico yo me he transformado en un esbirro carcelero.

Lady Gasket volvió a sonreír, mientras tendía el manojo de llaves.

—Son las del carcelero. Devolvédselas y no le hagáis ningún daño. Está narcotizado, y nada tiene que ver con vuestra anterior situación.

Aguardó Lady Gasket hasta que el Pirata Negro entró de nuevo, llevando en brazos al dormido carcelero. Procedió a encadenarlo.

—Ved qué hermoso queda, señora. Con las llaves en el cinto, y encadenado, tendrá gran trabajo en poderse explicar. De todas formas, al escaparme yo, él sería azotado. No le hará daño al

bribón.

Lady Gasket cogió la mano del pirata y abrió en el muro el espacio que la había dejado entrar, presionando con el pie en la parte inferior de las rocas sólidamente unidas por argamasa y formando un bloque.

La total obscuridad no permitió al pirata ver los manejos con que la dama inglesa volvía a cerrar desde el pasadizo el acceso al calabozo.

Olía a humedad y moho, y el suelo estaba resbaladizo y cubierto de musgo. Fué Lezama contando los pasos, mientras seguía a la anciana, que le conducía por la mano.

—Un pasadizo muy oportuno, señora. ¿Todas las fortalezas británicas poseen

este aditamento tan recomendable?

—Ese pasadizo fué construido por el primer gobernador, y las celdas no eran entonces sino habitaciones de favoritas. Historia galante propia de franceses, pero de la que Inglaterra no debe enorgullecerse—dijo austeramente la anciana.

—Pero a mime produce gran satisfacción comprobar que alguna que otra vez hay ingleses que saben rendir culto a la furtiva adoración de bellezas poco honestas.

—Vos también seréis, seguramente, un atolondrado galanteador. Olvidad que existen mujeres hasta que os presentéis de nuevo ante mí, aportándome pruebas de la cupidez y falsedad de Henry

Storks. Ese es el pacto que entre ambos existe.

—Y que será cumplido si mi buena estrella renace, como creo ha renacido desde que el terciopelo de vuestros ojos se posó en la desdichada y poco airosa figura de un pirata encadenado.

—Tengo cincuenta y seis años, señor español, y los cumplidos masculinos resbalan sobre mi indiferente fealdad.

—No os calumniéis. Sois la más bella de las mujeres, porque al veros pienso continuamente en mi madre.

—Guardad ahora silencio. ¿Veis aquella claridad? Es un claro del bosque, que dista media milla de la fortaleza. Ese pasadizo, atraviesa bajo el foso y sale al bosque. Ahora

marchaos y haced honor a vuestra fama. Espero que sabréis cumplir con lo pactado.

—Sólo si muriera sería infiel a mi palabra. Y no moriré, señora. Hay en España un refrán que dice: “Mala hierba nunca muere”.

Lady Gasket recibió un nuevo beso en su mano, y cuando ya la figura del pirata no era visible volvió a sonreír tratando de serenarse.

CAPITULO IV

Una visita del señor Gobernador

Robert Gasket examinaba a través de la ventana del salón el lejano puerto de Kingston, que defendía inexpugnablemente la capital.

La configuración natural de la amplia bahía aparecía desde aquella altura como el cuerpo de una langosta cuyas pinzas delanteras se cerrasen casi para dejar un estrecho paso, que era el único acceso a la bahía. Y todo a lo largo de

la bahía, a trechos de una milla, se alzaban los fortines artillados contra los que nunca ninguna escuadra había osado entablar lucha.

Robert Gasket tenía treinta y ocho años y parecía prematuramente envejecido. Un rictus amargo distendía las comisuras de sus labios bajo la acusación de “privadas costumbres escandalosas que, si bien no significan responsabilidad ante la ley, obligan a su destitución del cargo que ocupa”.

Volvióse intentando sonreír alegremente cuando su madre entró en el salón. Lady Gasket sentóse ante la ventana.

—Desayunaste pronto hoy, Robert. Y anoche te acostaste tarde. A veces creo

que deberíamos volver a Inglaterra.

—No, madre — protestó él respetuosamente, sentándose frente a ella—. Como ex gobernador, nada tengo que reprocharme, y si nos fuéramos parecería que huyo de la vergüenza de que mis antiguos gobernados me señalen con el dedo.

—Creo que allí estarías menos pesaroso.

—Siempre fuiste una excelente diplomática, madre. Pero ahora, conmigo, no te vale tu inteligencia. Yo sé que, en el fondo, me tacharías de cobarde si abandonara Kingston. Si como hombre cometí naturales ligerezas, como gobernador nada tengo que reprocharme.

—¿Ligerezas? No negarás que muchas noches oíste el canto del gallo en tabernas de cercanas islas.

—No eran tabernas, madre. Precisamente porque era gobernador no podía beber vino cuando me apeteciera en Kingston ni en ningún lugar de Jamaica. Y en la isla de Old Harbour nadie me conocía como al gobernador de Jamaica. Dista ocho millas, pero sus habitantes no visitan Jamaica. De vez en Guando, madre, un hombre ha de divertirse honestamente.

—Beber contemplando danzas salvajes, no es diversión honesta.

—Bien, bien—reconoció, impaciente, Robert Gasket—. Soy hombre soltero. Pero dejemos esa discusión. Lo que tú

sabes bien, es que yo nunca dejé nada a deber en ninguno de los sitios de Old Harbour por los que pasé.

—Tu firma apareció al pie de múltiples recibos que estaban en manos de taberneros y mesoneros de la isla. Y reconociste que era tu firma.

—No podía negar que era mi firma, pero aun hoy me torturo en vano los sesos para intentar comprender cuándo y dónde firmé cosas que no recuerdo. Sé beber, madre, y no me cabe siquiera la excusa de que escribí bajo la influencia del vino. Hablemos de otra cosa. ¿Has oído el rumor que corre? Ayer por la mañana se fugó el pirata español que estaba en la fortaleza de Saint-James. Dicen que hizo perder el sentido al

carcelero por medios ignorados y lo encadenó en su lugar.

—¿En qué pueden interesarte las andanzas de un pirata? — preguntó ella con ademán indiferente.

Un negro, el único lacayo de la servidumbre, antaño numerosa, de los Gasket, entró en el salón.

—Su excelencia el gobernador desea ser recibido, señora.

Lady Gasket denegó con la cabeza. —Yo no le recibo, porque su visita no me es grata.

—Es el gobernador, madre. Debemos permitirle la entrada. Quieras o no, tiene un perfecto derecho a entrar donde lo estime preciso.

Lady Gasket encogióse de hombros, y

el negro salió para, instantes después, saludar profundamente al paso de Henry Storks, que, tricornio en mano y agitando sus impertinentes, avanzó sonriente.

—No se molesten, queridos amigos. Por favor, sigan sentados—rogó a los Gasket, que continuaban sentados, sin levantarse desde que él entró—. Es una visita completamente privada.

—Tú dirás, Henry — replicó secamente Robert Gasket—. A mi madre no le resulta grata tu visita. Abrevíala cuanto puedas.

—Fuimos amigos, Robert, y si incidentes con los que ninguna relación tengo te llevaron a la destitución, yo sigo considerándote mi amigo. Por esa misma razón, no tomo en cuenta tu

actitud. Cuando eras gobernador, yo sabía ponerme en pie para recibirte.

—Mi hijo no necesita lecciones de cortesía de nadie, y menos de vos, Storks. Los escoceses Storks, que pulsaban sus cornamusas en el Caledonian, se descubrían siempre que un Gasket pasaba.

—Y siguen haciéndolo, señora—dijo, sonriente, Storks—. Siempre recuerdo ante vos que vuestra nobleza es antigua, antiquísima.

—Decid pronto a qué habéis venido, y marchaos.

—No sois ya gobernadora, señora. Sólo mi natural cortesía es la que me hará obedecer prontamente vuestro ruego. Decidme, Lady Gasket: hace dos

noches ¿sufríais insomnio?

Robert Gasket crispó las mandíbulas ante la extraña pregunta.

—No vendrás a burlarte de mi madre, Henry. Me importaría poco que fueras gobernador para medirte las costillas a bastonazos...

—Siempre fieros los Gasket. No me burlo de nadie, Robert. ¿Tenéis a bien contestar a mi pregunta, Lady Gasket.

—No padezco insomnio.

—Me complace saberlo. ¿Podéis, pues, decirme la razón por la cual andabais, a las dos de la madrugada, por las calles de Kingston?

Ninguna ley lo prohíbe. Naturalmente que vos podéis prohibirme salir de noche, sin necesidad de leyes, que, por

otra parte, ignoráis con frecuencia...

—Vos misma recordáis que vuestra intervención salvó al pirata español de la horca... y que también le salvó anteayer noche, permitiéndole y dándole los medios para escapar de su calabozo.

Robert Gasket saltó en pie y, asiendo de una cercana panoplia una espada se enfrentó con el gobernador.

—Desenvaina, Henry Storks. Acabas de acusar a mi madre de proteger a un pirata, y es insulto que no te permito.

Henry Storks agitó los impertinentes con ademán amable.

—No puedo batirme contigo, Robert. Si te matase, lo lamentaría, y si tú me matases, te ahorcarían por dar muerte al gobernador.

—Deja la espada en donde la cogiste, Robert—ordenó Lady Gasket, sujetando a su hijo por el brazo—. Storks ha venido para hablar conmigo, y espero que sabrá aportar pruebas de cuanto dice. Yo también puedo creer que es un canalla, pero no lo puedo decir mientras no posea pruebas suficientes.

—Admiro la elegancia, señora, con que acabáis de llamarme canalla, sin que pueda darme por directamente aludido. ¿Os pertenece ese dije?

Henry Storks mostró en la palma de su mano un medallón-camafeo en el que se perfilaba un rostro de mujer rodeado de brillantes.

Imprudentemente Robert Gasket miró la escarcela que su madre llevaba

pendiente del cinto. En el tejido de mallas había otros dijes semejantes, y un espacio claro en el tejido denotaba la ausencia reciente de un medallón.

—Sí, es mío—reconoció Lady Gasket al ver la sonrisa con que Henry Storks había estudiado la mirada de sorpresa de Robert.

—Entonces, ya que habéis reconocido que es vuestro, explicadme solamente un punto. ¿Por qué razón este dije fué hallado en el camastro que ocupaba el pirata que logró huir? Lo encontraron entre la paja.

Lady Gasket vaciló ostensiblemente. Robert Gasket cogió de manos del gobernador el dije y lo colocó en un bolsillo de su casaca.

—Gracias por haberme traído el medallón, excelencia. Lamentaba su pérdida desde anteanoche —dijo el ex gobernador.

—Mi hijo miente, Storks. Yo fui quien di libertad al Pirata Negro.

—Enternecedora escena, queridos amigos—y los astutos ojos del gobernador se posaron alternativamente — en ambos rostros de los Gasket—. No puedo haceros la ofensa, señora, de dudar de vuestra palabra, pero reconoced que es más propia de hombres la acción incalificable y delictiva que supone liberar a un pirata con propósitos inconfesables que procuraremos aclarar. No puedo recordar que eres mi amigo, Robert.

Daos preso, señor Gasket.

—¡Quieres matar a mi hijo, para así quedar para siempre...!

—Por favor, madre, conserva la serenidad— rogó Robert Gasket, mientras entraban en el salón cuatro soldados de la escolta del gobernador.

—¡Fui yo, yo, quien dió libertad al pirata! Entré por el pasadizo secreto.

—Cuando queráis, excelencia. Comprended que es mi madre y pretende salvarme del castigo que merezco.

Encuadrado entre los cuatro soldados, Robert Gasket, sin mirar a su madre, salió de la estancia.

Henry Storks detuvo en la puerta a la anciana, que retrocedió como si el contacto de la mano del gobernador le

manchara el vestido.

—¡Te odio, Storks! Sabes que fuí yo quien dió libertad al Pirata Negro, y finges creer en las palabras de mi hijo.

—Sólo él pudo cometer tal acción, para sembrar el descrédito sobre mí. ¿Qué dirán en Inglaterra de un gobernador que pide un "placet" para una ejecución, cuando sepan que en mis fortalezas no sé tan siquiera conservar preso a un peligroso pirata desarmado? A vuestros pies, señora.

Y Henry Storks cubrióse dignamente, para, instantes después, montar en la carroza que le aguardaba, Entro los cuatro soldados, Robert Gasket descendía calle abajo hacia la fortaleza de Saint-James.

En el acolchado interior de la lujosa carroza, Henry Storks frotóse las manos con maligna sonrisa.

—A ella no la hubiera podido ahorcar. La ley no admite ejecuciones de mujeres cuya edad pase de los cincuenta. Pero a él nadie le salvará del patíbulo. Y quedará bien patente que nunca la impropiedad con que mi buen amigo Robert gobernó indebidamente en Jamaica.

* * *

Lady Gasket visitó inútilmente a sus amistades más influyentes. En todas partes halló parecidas respuestas. Un hombre que perdía toda dignidad hasta

el extremo de dar libertad a un bandido, no podía merecer clemencia.

Obscurecido ya, regresó a su casa, tras la última humillación de que la esposa del gobernador le negase audiencia.

Encerróse en su alcoba, y, sólo ante las insistentes llamadas del negro lacayo, consintió en pasar al comedor. Sus ojos, enrojecidos por el llanto, miraron con angustia el sitial vacío donde siempre se sentaba su hijo.

Las vacilantes llamas de los candelabros iluminaban la mesa, y Lady Gasket se distrajo de sus tristes pensamientos cuando oyó el leve grito de espanto que brotó de la garganta del negro criado.

Viole tambalearse preso en férreo

abrazo y un pañuelo negro cubrió por entero el rostro del lacayo, que desapareció como por encanto transportado en brazos de un rechoncho individuo de rostro patibulario y repleto de cicatrices.

—No os alarméis, señora —dijo el Pirata Negro, acercándose a la luz de los candelabros—. “Cien Chirlos” se ha llevado a otra habitación a vuestro único servidor. Yo no podía permitir que sus negras orejas escucharan mi conversación. Podría hablar, y extrañaría, quizá, al gobernador que yo tenga el alto honor de ser escuchado por vos. Os he contemplado un largo rato desde el exterior del balcón, señora. No habéis probado bocado. Comed.

—Ahorcarán a mi hijo, porque él se acusó de ser quien os libró—dijo ella sordamente.

—¿Me permitís sentarme, señora? Estoy algo fatigado. Tened en cuenta que tuve que robar un caballo y galopar muchas leguas para regresar, después de robar varios caballos más. ¿Puede un ladrón sentarse a vuestra mesa?

Ella asintió mudamente, contemplando con fijeza el sonriente semblante del Pirata Negro.

—Os explicaré brevemente a qué he venido aquí, señora—dijo Carlos Lezama, sentándose frente a la anciana —. Deambular por las calles de Kingston ofrece ciertos peligros, y no quiero exponerme de nuevo a ser

encadenado. Y pienso visitar al señor gobernador. Diez de mis hombres andaban hace poco sobre un resbaladizo y obscuro túnel cubierto de musgo.

—¿El pasadizo?—dijo la anciana, estremecida.

—El mismo, señora. Fueron en busca de vuestro hijo.

—Habrá vigilancia... y no podrán llegar hasta él.

—Llegaron, señora, pero tuvieron que herir a varios soldados.

—¿Cómo lo sabéis?

—Yo mismo tuve que cerciorarme de que mis órdenes eran bien cumplidas. No podía permitir que soldados ingleses fueran muertos para que Robert Gasket, hallase la libertad. Sería un cargo que

más tarde le echarían en cara. Tened la seguridad de que, aparte de algún brazo roto o un cráneo ligeramente mellado, todos los soldados que vigilaban el pasadizo estarán en perfecto estado antes de una semana.

—¿Y mi hijo?—preguntó Lady Gasket, ansiosamente.

—En este momento, señora, galopa hacia el lugar donde mi barco espera. Le rodean diez malandrines peleones que son mis piratas..., y os aguardará a bordo, señora. Le he prometido que vos os reuniríais con él. Hasta que Henry Storks no sea desenmascarado, Kingston es peligroso para los Gasket.

—Gracias, señor Lezama. Hice bien en confiar en vos.

—A vos os pertenece mi agradecimiento por haber confiado en mí. Ahora tendréis que soportar una molestia. Tendréis que galopar a grupas de un caballo cuyo jinete es feo como una maldición ante una dama. Pero es hombre del que respondo. Se llama “Cien Chirlos” y le harían pedazos antes que incumplir una orden mía.

—Por qué no sois vos quien me acompañéis a vuestro barco?

—Lo haría con gran placer, señora, y con reconocido honor. Pero tengo que visitar a su excelencia el gobernador.

CAPITULO V

Una visita al señor Gobernador

Jamaica, "tierra de bosques y de aguas", es su significado, y su fertilidad exuberante es motivada por las copiosas lluvias, que sin interrupción durante dos meses, empapan su suelo y nutren sus numerosos ríos.

Y, al cesar la época de las lluvias, "la esmeralda flotante" presenta el verdor sin igual de sus profusos bosques, que la convierten en un conglomerado de

selvas intrincadas en su interior y de bosques que rodean los puertos.

El bosque de Saint-James era el bosque de orquídeas y mangroves, que formaba un semiarco frente a las poternas posteriores del "foso de la fortaleza de Saint-James.

Amantes de la Naturaleza, los ingleses se limitaron a impedir el avance de los mangroves y de las orquídeas salvajes, permitiéndoles sólo la llegada hasta veinte pasos de los fosos posteriores. Y en el interior del bosque podía suponerse por unos instantes que se hallaban en plena selva. Pero el Pirata Negro, cuando descabalgó su montura en el centro del bosque, no iba dispuesto a admirar el colorido de los mangroves

copudos, ni la carnación de las orquídeas.

Cumplido su primer deber, y ya a salvo Lady Gasket y su hijo, dejó que su imaginación reviviera los últimos momentos transcurridos desde que Lady Gasket le propuso el pacto que le liberaba de sus cadenas.

Al salir del bosque había reflexionado unos instantes en cuál podía ser el medio más eficaz de cumplir lo que había prometido. E insensiblemente, sin premeditación, al hallarse cerca de un mesón en cuya puerta dos caballos bebían en el abrevadero mientras sus dueños se desalteraban en el interior del mesón, el Pirata Negro había saltado a lomos de uno de los caballos,

emprendiendo un veloz galope hacia el interior.

Por dos veces tuvo que relevar su montura, dejando, en cambio de la que cogía, un exhausto bruto de flancos agitados y belfos espumeantes. Y a bordo de su “Aquilón” había elegido sus diez mejores hombres, que, acaudillados por “Cien Chirlos”, debían acompañarle hasta las proximidades de Kingston. Con aquel refuerzo, dispuestos a todo, había llegado de nuevo al bosque, desde el que se distinguía la capital jamaiquina.

Y el Pirata Negro destacó a Juanón, de regreso ya de su infructuosa expedición por la costa oeste. Era Juanón el hombre del que se servía para obtener los informes que deseaba. Y el pirata de

rostro inocente y bobalicón estuvo pronto de vuelta, con la noticia que corría de boca en boca en todas las tabernas de Kingston.

El ex gobernador había sido detenido y encerrado en la fortaleza de Saint-James, acusado de facilitar la evasión al Pirata Negro. Y daban por descontado que al próximo amanecer sería ahorcado.

Carlos Lezama poseía una gran impulsividad en los combates, pero la atemperaba con su sangre fría, que fué la que empleó para planear el salvamento de Robert Gasket. Once hombres oyeron atentamente las recomendaciones que su jefe les dictó en voz baja en el claro del bosque que daba frente a las poternas

posteriores de la fortaleza de Saint-James.

Y las sucesivas parejas de soldados ingleses que vigilaban, por orden expresa del gobernador, el pasadizo secreto, fueron silenciadas expertamente por los prácticos piratas, que lucharon cuerpo a cuerpo, empleando los pomos de sus puñales y las culatas de sus pistolas.

Y ahora, solo, el Pirata Negro recorría de nuevo el obscuro túnel de húmedas paredes y bajo la suela de sus botas el musgo que cubría las piedras rezumaba líquido. De vez en cuando, daba un paso largo para no tropezar con los cuerpos tendidos y atados dé los soldados ingleses desarmados por los once

piratas.

Cuando, frente al muro que daba acceso a la celda de donde Robert Gasket había sido salvado, el Pirata Negro apoyó sus manos en todas las junturas, haciéndolo girar, tenía el convencimiento de que su visita al gobernador de Jamaica no era esperada, porque los soldados, amordazados y perfectamente atados, que en el panadizo dejaba, eran una prueba gráfica de que aún se ignoraba el audaz ataque de los piratas, que había tenido por finalidad rescatar a Robert Gasket.

Y las últimas instrucciones de Lady Gasket antes de partir bacía el "Aquilón" acompañada de "Cien Chirlos" habían sido revelar a Carlos

Lezama una vía de acceso que le evitaría luchas que sembrarían la alarma en la muy guarnecida fortaleza.

El pasadizo secreto tenía otra ramificación que llegaba serpenteando hasta la biblioteca-despacho de la residencia, que iba perteneciendo a los consecutivos gobernadores de Jamaica por derecho de sucesión.

Y el Pirata Negro desembozó su capa al acercarse al panel giratorio y secreto que había de permitirle la entrada a las habitaciones particulares de Henry Storks, gobernador de Jamaica.

* * *

Su excelencia el gobernador no tenía

sueño. Le desvelaba el pensamiento de que la ejecución de Robert Gasket, al cimentar definitivamente el descrédito del hombre que había sido el precedente gobernador, solidificaría afín más el prestigio del actual.

Y Henry Storks, solo en su despacho-biblioteca, releía con verdadera delectación en voz alta y pronunciando con esmero las palabras que con su pluma de ave había trazado para componer la sentencia de muerte de Robert Gasket:

"...y en nombre de Su Majestad, yo, su vasallo y gobernador de Jamaica, leídos los anteriores extractos de ley que demuestran de forma irrefutable que el castigo de aquel, aquella o aquellos que

facilitaran la fuga de condenados a muerte es la muerte por la horca, debo condenar y condeno a Robert Gasket a que sea suspendido por el cuello hasta que la muerte llegue. Que Dios se apiade de tu alma, Robert Gasket.”

Y Henry Storks, con la diestra que sostenía la pluma de ave hizo en el aire un ademán. Creíase ya en la mañana siguiente, cuando el verdugo, junto a Robert Gasket con la corbata de cáñamo, esperase la orden de ejecución.

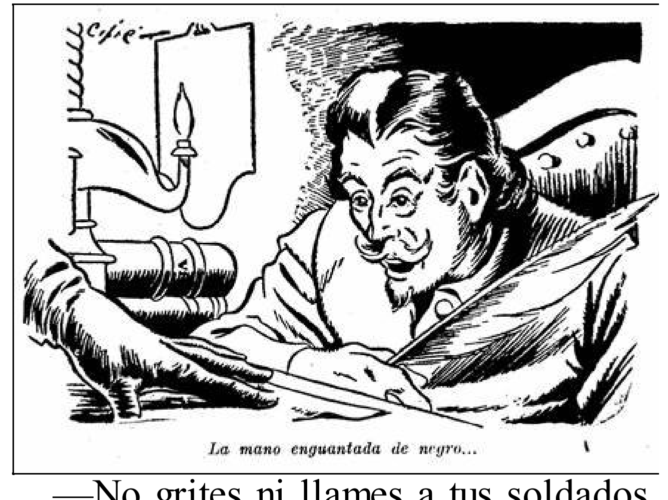
Mojó cuidadosamente la punta de la pluma en el tintero y acercó al pergamino la cajita de cenizas, con las que secaría la firma que iba a estampar.

La punta de la pluma trazó el primer rasgo: una “H” afiligranada..., y su

excelencia el gobernador se sobresaltó, dejando caer la pluma sobre el pergamino.

—No firmes nunca aquello que no puedes realizar, Storks — decía una voz burlona a sus espaldas.

Pero lo que sobresaltaba al gobernador no fué la repentina voz, sino el reconocerla coma propiedad del “bribón pirata” y el sentir contra su nuca la presión de un frío cilindro.



La mano enguantada de negro...

—No grites ni llames a tus soldados. Tu elegante casaca florida se mancharía más feamente que acaba de mancharse tu sentencia de horca contra tu antiguo y mejor amigo.

La mano enguantada de negro de Carlos Lezama recogió la pluma de sobre el pergamino y la ensartó de

nuevo en el tintero.

Henry Storks tardaba en recuperar la completa serenidad del raciocinio. Meditaba qué extraña magia poseería aquel diablo español para aparecer de pronto, y nada menos que en su propio despacho.

—Hasta hoy, creo que eras solamente un granuja redomado, Storks. Pero, según mis informes, no se te puede acusar de crimen alguno. Mal caminó sigues, hipócrita. Por suerte, he llegado a tiempo de evitarte que cometieses tu primer crimen. Si Robert Gasket hubiera hallado la muerte que a mí me destinabas, ahora tendría que matarte.

—Cobarde eres, bribón. Atacas a los hombres por la espalda. Tenía entendido

que tu fama pregonaba una valentía que no existe. Tu pistola contra mi cabeza es gesto propio de verdugos.

—¿Acaso ibas tú a "batirte en duelo conmigo? Encargaste a tu verdugo la misión de colocarme un lazo áspero alrededor del cuello. ¿Acaso ibas tú a' medir tu espada con Robert Gasket? También ibas a firmar la orden para que el verdugo se las entendiera con él. Yo nunca he empleado verdugos ni métodos de verdugo.

El Pirata Negro dió vuelta a la mesa y se enfrentó con el sentado gobernador, de cuyas mejillas había desaparecido la rubicundez.

Carlos Lezama introdujo de nuevo la pistola en su faja y quedóse con las

manos vacías ante el sorprendido Henry Storks.

—Debo advertirte que mi caballerosidad no llega a tanto como para permitirte gritar. Si abres la boca para dar chillidos de alarma, te volaré, los sesos sin el menor reparo.

—No he de gritar porque... no te temo.

—Di también que esta habitación posee un exceso de tapices y colgaduras, y tu voz sólo llegaría a tu soldadesca si te acercaras a la puerta y, abriéndola, llamaras a través de los vastos salones que componen tu residencia, que has ganado a costa de traicionar al mejor de tus amigos.

—Nunca pude suponer que una dama inglesa como lo es Lady Gasket

descendiera hasta tanto como verter sus insidias en los oídos de un bribón.

—En tu casaca asoma el puño de una espada que me temo sea como tus impertinentes, un útil que no sabes manejar. Te has cansado de llamarme bribón, y a otro cualquiera le habría ya inmovilizado la lengua para siempre. Pero tu lengua es el único apéndice de tu persona que por ahora quiero que quede intacto.

Henry Storks se puso lentamente en pie, estipulando que su única posibilidad de salvarse era desarmar a aquel insolente pirata que tenía la incalificable osadía, siendo un “huido” de la ley inglesa, de presentarse a velarle en su propia fortaleza, la

fortaleza de la que había escapado gracias a la complicidad de Lady Gasket.

Desenvainó flemáticamente, recuperado ya su pleno dominio y sangre fría. Un pirata sabía esgrimir el sable de abordaje y los puñales de combate, pero ningún pirata podía compararse al elegante Henry Storks en el manejo de la espada. Esos eran los pensamientos del gobernador cuando apoyó la punta de su acero contra la alfombra que cubría el suelo de la biblioteca espaciosa.

—Me contentaré con atravesarte el brazo derecho, Storks. Inutilizaré la mano con que te disponías a firmar la muerte del hombre que sabes bien que nada tiene que ver con mi escapada.

Henry Storks avanzó dos pasos con rápidas flexiones de rodilla, y, como hábil duelista que era, tanteó con tres golpes sucesivos la potencia del acero enemigo. Comprobó que el brazo del pirata era digno adversario del suyo.

La espada de Carlos Lezama no se movió un milímetro ante los tres latigazos de la hoja enemiga.

—Tantear se llama a lo que acabas de ejecutar, Storks. ¿Para qué haces eso? —dijo burlonamente, sin retroceder un solo paso, y parando rápidamente una felina estocada baja que el gobernador dirigía contra su muslo—. Suponte que me hubieses herido; ¿qué habrías conseguido? Nada, hipócrita elegante. Debes matarme, lechuguino. Porque, si

no lo consigues, le aguardan momentos angustiosos.

Henry Storks prodigó las más hábiles de sus estocadas y los más poderosos tajos que siempre le habían proporcionado la victoria frente a experimentados duelistas.

Y los encajes de su pechera empezaron a ablandarse por efecto de la transpiración que su excelencia exudaba por todo el cuerpo. No era producto del violento ejercicio ni del miedo: era motivada por la cólera que le invadía al comprender que el insolente pirata era una de las mejores espadas con que había cruzado la suya.

Redobló los ataques y decidióse a emplear la botte, que el espadachín

francés De Bussy le había revelado en una noche de orgía.

Tiróse a fondo, cayendo sobre las rodillas, y su espada elevóse en fuerte avance hacia el costado de su contrincante.

—¡Conocida esa tizonada!—exclamó burlonamente el Pirata Negro, parando en seco el avance peligroso de la botte de De Bussy con el pomo de su espada, que se abatió sobre el pomo contrincante, doblando reciamente la muñeca enemiga.

Desarmado y tendido en el suelo, vió Henry Storks cómo el pirata colocaba» el pie sobre la hoja de la espada, que el gobernador habíase visto obligado a soltar al rompérsele la muñeca.

El dolor imprimió livideces en el rostro de Storks, que con la mano izquierda se aprisionó fuertemente la dislocada muñeca, que le producía un dolor lacerante.

—Feo espectáculo, Storks. Tan feo como el que a costa mía querías presentar a tus soldados y a tus damas.

Yo, colgando, habría tenido más, arrogancia y marcialidad que tú tendido a mis pies y gimiendo.

—Puedes matarme. No he de implorar tu misericordia.

—¡Brava cresta de gallo para quien está como una gallina!

Levantóse dificultosamente el gobernador, manteniendo contra el pecho la muñeca rota y apretando los

labios para no gritar bajo el sufrimiento que experimentaba.

—Iba a ahorcarte, pirata, porque es tu sino y así lo ordena la ley. Pero no te hubiese torturado ni infligido humillaciones. Atraviésame ya, que otro más afortunado que yo sabrá encargarse de ahorcarle.

Carlos Lezama envainó la espada y, empujando delicadamente con sus dedos tendidos el pecho del gobernador, lo fué haciendo retroceder hasta obligarle a sentarse.

—El mayor de los bribones, por emplear tu palabra favorita, tiene elegancia en esos momentos decisivos, si ha nacido inglés. Yo no pienso matarte, Storks. Eres poca espada para

la mía. Y antes te dije que no soy verdugo. He venido a visitarte, simplemente, para someterte a un amistoso interrogatorio. Si contestas a él, no te has de arrepentir. Si empleas tu característica y engañadora hipocresía, entonces olvidaré quien soy y sabré obligarte a hablar. A bordo tengo unas barricas llenas de sal, donde un hombre habla mucho cuando entra en ellas con el cuerpo surcado a latigazos. Debes excusar esta debilidad humana. Es lógico que hablen cuando la sal penetra en las llagas abiertas en sus carnes...

—Son los Gaskets los que te han asalariado para conspirar contra mí. Nunca pude suponer esa acción en familia tan noble como la de que ellos

proceden.

—¿Los Gaskets? Me pagarán un buen rescate. Sí, elegante espadachín: Lady Gasket está lejos de Kingston y su hijo también...

—¿Su hijo?—interrumpió Storks—. Su hijo está... a seguro.

—Estaba, amigo. También atora está lejos de Kingston y obtendré un buen rescate por ellos. Sus familiares escoceses poseen grandes castillos y ventrudos cofres repletos de oro.

Henry Storks oprimió con más fuerza su muñeca, mientras miraba con expresión de desconcierto al extraño pirata que no le había rematado al desarmarlo.

—Tienes renombre, pirata. Nunca he

oído que te acusaran de traficar en rescates.

—Ante el patíbulo me acusaste de crímenes y latrocinios. ¿Vas ahora a defenderme y presentarme como un ángel de bondad? Oí de boca de un oficial tuyo una frase bonita: el hombre ha de tener el valor de sus convicciones. Si yo era antes para ti un criminal ladrón, debes seguir sustentando la misma opinión. Lo contrario sería lastimoso. Un inglés implorando mi indulgencia, es algo que Su Majestad británica deploraría.

—Termina ya conmigo y no te deleites en humillarme.

—¿Recuerdas aquel desayuno en que tu linda esposa me examinaba como si

yo fuera un animal salvaje? ¿Pensaste entonces...?

Unos golpes en la puerta hicieron enmudecer al pirata, que asió por el hombro al sentado gobernador, indinándose y acercando sus labias a loa oídos de Henry Storks.

—Que no te molesten. Estás en plena labor—y amartilló su pistola, colocándola en la sien del gobernador.

Los golpes fueron aumentado en intensidad, y se oyó claramente una voz que Carlos Lezama reconoció inmediatamente.

—¡Excelencia! Soy portador de un mensaje urgente.

—¡Eche la puerta abajo, teniente Clerk! — rugió Storks. Y cerró los ojos

esperando la muerte, que prefería a caer preso en manos del pirata.

La puerta empezó a gemir bajo las acometidas del robusto teniente Archibald Clerk. Carlos Lezama se colocó la pistola en la faja. Miró sonriente al gobernador.

—Me has tocado las fibras sensibles, bribón —dijo el pirata burlonamente—. He perdido la ocasión por empedernido charlatán que soy, pero no sé matar a cerdos chillones si son valientes.

Rodeó con su brazo izquierdo el tórax del gobernador, y con su otro brazo lo inmovilizó, pasando tras él y sujetándolo por el cuello. Los poderosos músculos elásticos y acerados del pirata se pusieron en tensión, y, elevado en

vilo, Henry Storks quedó inmovilizado, presionada su espalda contra el pecho de Lezama, que se dirigió hacia el pasadizo secreto.

La puerta saltó en astillas y el teniente Archibald Clerk corrió con la espada desenvainada hacia el grupo formado por el gobernador levantado en vilo y el Pirata Negro. Este giró la cabeza, y, al ver que el militar le daba alcance, dejó caer al suelo su carga y desenvainando rápidamente paró la primera estocada de Archibald Clerk.

—Lamento veros en esta ocasión, Clerk, ¡Qué inoportuno sois, demontres!

Trabó el acero enemigo con hábil maniobra y la espada de Clerk saltó por los aires. Por la antesala acudían

corriendo dos sargentos al frente de una docena de soldados armados con arcabuces.

Detuvo Lezama el avance de Archibald Clerk propinándole un puñetazo en el brazo que, armado de una pistola, tendía el teniente. El disparo se perdió en el aire, y el Pirata Negro saltó por encima del cuerpo del gobernador, que desde el suelo quiso asirle por una pierna.

Pero el ágil salto del Pirata era el principio de su veloz carrera hacia el pasadizo.

—Tengo una promesa hecha y no puedo quedarme—gritó, mientras, corriendo velozmente, desaparecía en el interior del pasadizo.

—¡Cincuenta guineas a quien lo aprese, vivo o muerto!—rugió desde el suelo Henry Storks.

Pero las piernas del Pirata Negro poseían upa ligereza sin par. Los disparos de arcabuz que resonaban a sus espaldas eran distantes, y llegó indemne al claro del bosque.

Cabalgó de un salto, y, azotando con la mano abierta los ijares del caballo, internóse a todo galope en la floresta. Remontaba la colina que conducía a la selva virgen, cuando divisó la maniobra que una multitud de jinetes dirigidos por oficiales iniciaba en las laderas de la colina.

Un escuadrón galopaba hacia el Norte, otro se dirigía en sentido contrario al

que tomaba el caballo montado por el Pirata Negro y los otros dos escuadrones galopaban desenfrenadamente hacia el Oeste y Este de la gran selva virgen que se extendía más allá de la cima de la colina.

—¡Cuánto honor!—exclamó el pirata, alegremente—. Un batallón entero para rodear la selva y cazar como a un animal salvaje al hombre que ha roto la muñeca de su excelencia el señor gobernador.

Calculó las posibilidades de huir en dirección a May Pen. Pero desde aquella altura comprendió que no podría forzar la red que iba tendiéndose en vasto círculo. Y de la fortaleza seguían saliendo escuadras a pie...

Espoleó al bruto hasta que éste quedó

detenido por las lianas que, entrelazándose entre los troncos de los mangroves, opusieron una sólida barrera al pecho del caballo.

Desmontó el Pirata Negro y con la espada fué abriéndose paso, después de pinchar el anca del caballo, que piafando y relinchando, se perdió a todo galope hacia la ciudad.

CAPITULO VI

Elisabeth Clarence

El Monte Azul domina la ciudad de Kingston, formando un vasto anfiteatro intrincado de tupida vegetación, donde se apiñan los gigantescos mangroves y los '“coprys” destilan su enervante perfume.

En lo alto de las elevadas copas de los mangroves, pájaros de todas las— especies tropicales y de intensos y variados colores trinaban

melodiosamente anunciando el amanecer.

El Pirata Negro procedió a desembarazarse de las lianas trepadoras, con las que se había atado fuertemente a la rama más alta de un mangrove, donde había dormido profundamente.

Desperezóse ampliamente, sentándose a horcajadas sobre la gruesa rama que le había servido de lecho. El sol espolvoreaba con toques clorados la densa reunión de arboleda que, unida entre sí por largas y flexibles trenzas colgantes de lianas, formaba, a modo de dosel, un techo vegetal sobre aquel espacio.

Era el centro de la selva del Monte

Azul, y un círculo de mangroves, cuya talla no era inferior a los treinta metros de altura, parecía vigilar silenciosa y permanentemente el manso arroyuelo que fluía por en medio del verde espacio llano a cuyos bordes las orquídeas crecían, abrazando sus tallos amorosamente el ancho tronco de los mangroves.

—Trinos de pájaros, aromas densos, soledad... ¿Qué más puede un hombre desear para hallar la paz de su espíritu? Recordaré ese lugar como el más propicio para la sana meditación. Pero debo salir de aquí. Hay imperiosas necesidades alimenticias que me obligan a ello, y hay también una promesa que he hecho a una noble anciana y que debo

cumplir.

Iba el Pirata Negro a emprender el descenso, cuando se quedó inmóvil, fascinado por la selvática y grandiosa belleza que de pronto sus ojos divisaban.

Un leopardo gigantesco, de liso pelaje y orejas cortas, movía lentamente la achatada y cruel cabeza mirando con pupilas sanguinolentas a su alrededor.

Desde la altura, el Pirata Negro percibió como la llera olfateaba el aire y corrían estremecimientos por su piel moteada de manchitas negras y amarillas.

Parecía preguntarse la fiera qué extraño olor percibía su sensible olfato, que no era común de las orquídeas ni de

las “copryas”. La larga cola negra azotó los flancos del largo y vigoroso espinazo.

El leopardo emitió un leve rugido, y tres cachorrillos avanzaron con gráciles saltos hasta colocarse bajo el blanquecino vientre del leopardo, que les dió el ejemplo acercándose al arroyuelo y hundiendo el hocico en la cristalina agua.

El Pirata Negro contempló sin moverse el espectáculo de los tres cachorros, cuyos pequeños vientres se hinchaban espasmódicamente a medida que saciaban su sed. El padre aguardó, sentándose sobre sus cuartos traseros, relamiéndose los fieros bigotes.

Emitió un nuevo rugido de aviso, y los

tres cachorrillos, disciplinadamente, desaparecieron en la selva, corriendo tras su padre.

—Ese gato no es un vecino amable —dijo el Pirata Negro, respirando a fondo—. Si sólo tuviera garras y colmillos, aun me parecería bonito. Pero trepan demasiado bien por los árboles, y no me ofrecen ninguna seguridad esas ramas.

Asiéndose ágilmente de los brotes con las manos y aplicando cuidadosamente las punteras de sus botas en las ovaladas cortezas que, superponiéndose, formaban la primera capa del tronco fué descendiendo.

Tardó un largo cuarto de hora en llegar al suelo, y contempló sus manos arañadas, para después levantar la

cabeza examinando la alta copa del árbol...

A espaldas suyas oyó un rápido crujir de tallos y unas pisadas precipitadas. Saltó rápidamente hasta ocultarse tras el ancho tronco del que acababa de descender.

¿Sería el leopardo? ¿O acaso los soldados ingleses habían dado ya con su escondite?

Lo que vió por entre un manojo de orquídeas le colmó de sorpresa, y tuvo que dominarse para no prorrumpir en un grito de estupefacción.

Una mujer acababa de entrar en aquel claro, y en toda su figura y rostro llevaba plasmada la exteriorización del más completo terror.

Abatióse en el suelo junto al arroyo y empezó a sollozar convulsivamente. Alta y bien proporcionada, la misteriosa mujer vestía un traje de amazona escotado que avaloraba la nitidez y blancura de su sonrosado y lechoso cutis, aureolado por rubios cabellos sedosos. Algunos desgarrones en la falda denotaban su paso por la selva, y briznas vegetales coloreaban a trechos su traje y su cabello. En el escote de encajes se había introducido un pétalo de orquídea.

De pronto la desconocida levantóse, gritando horrorizada. Sus manos se tendieron hacia delante como para rechazar una visión espantosa...

El leopardo que instantes antes había

abrevado a sus cachorros en el arroyo venía a contemplar al ser humano que turbaba la paz de aquel lugar reservado para él.

Batiéndose los flancos con la larga cola, se relamió sin crueldad, en gesto de reflexión, mientras sus garras hincadas en el tronco del mangrove iban surcando la corteza. Parecía estar clavado contra él tronco a tres metros de altura. Hundió la achatada cabeza entre los poderosos espaldares y sus lomos alentaron preparando el salto con el que se disponía a derribar a aquel extraño ser que le miraba fascinado, con la boca abierta, emitiendo gritos que él no conocía en ningún otro animal de la selva.

La desconocida vaciló y gritó agudamente cuando el esbelto y vigoroso cuerpo del leopardo pareció volar en ágil salto con las garras proyectadas amenazadoras...

Elisabeth Clarence, la cuñada del gobernador, gritó de nuevo cuando vió un cuerpo obscuro saltar como caído del cielo y colocarse frente a ella.

El leopardo se abatió rugiendo, y bajo su vientre, abrazado a él, un hombre revolcóse por el suelo, confundido en estrecho abrazo mortal con la fiera rugiente.

Una de las zarpas laceró la espalda del que había intervenido segundos, antes de que la fiera pudiera destrozar a la aterrorizada Elisabeth.

Ella, despavorida, dilatados los ojos, presenció la lucha desigual del hombre que, intentando salvarla, había surgido como por milagro en aquella selva inhabitada por seres humanos, para ahora morir despedazado entre las afiladas garras del leopardo.

Vió como el desconocido se hurtaba ágilmente a los zarpazos y a las dentelladas del herido animal, mientras su brazo diestro se elevaba y abatía con rápidas sacudidas esgrimiendo un puñal que hundíase repetidamente en los flancos del animal.

Con torsión hercúlea, el Pirata Negro quedó cabalgando sobre los lomos de la fiera y la hoja de su puñal se hundió certera en una de las rojas pupilas.

Elevó de huevo el puñal y lo hundió en la otra pupila.

Con estremecimientos agónicos el leopardo intentó una nueva acometida, y, enderezándose sobre sus cuartos traseros, levantó las manos delanteras y sus zarpas buscaron el cuerpo de aquel extraño ser que poseía una elasticidad que la fiera nunca había encontrado en las demás fieras con que había luchado.

El Pirata Negro arrodillóse y, abrazándose al vientre del leopardo, hundió su puñal en la garganta del felino, dando inmediatamente un salto de costado para evitar la última dentellada del leopardo, que, cubierto de anchas heridas y vertiendo una espesa sangre negruzca que fué coloreándose

lentamente en rojizos burbujeos, cayó de costado, arañando el suelo en estertores de moribundo.

De nuevo el Pirata Negro se abatió sobre la fiera, y sañudamente fué apuñalándola hasta que todo movimiento cesó y los flancos moteados del felino salvaje cobraron una repentina rigidez e inmovilidad.

El Pirata Negro, cubierto de sangre y con la camisa destrozada, ofrecía un aspecto poco tranquilizador cuando se puso en pie limpiando la hoja de su puñal contra la hierba.

Elisabeth Clarence miró al leopardo muerto... y siguió ostentando en el rostro una expresión de pavor mientras contemplaba al hombre que la acababa

de salvar, y que ahora, acercándose al arroyo, hundía en las aguas su cuerpo hasta la cintura.

Desgarróse el Pirata Negro la destrozada camisa y su desnudo tórax hercúleo brilló acariciado por el débil resplandor de los rayos del sol tamizados y obstaculizados por el dosel vegetal que unía las copudas cimas de los mangroves.

Tres surcos en las anchas espaldas señalaban el primer zarpazo, inevitable con el que el leopardo se había abrazado al enemigo que había surgido repentinamente.

Elisabeth Clarence, siempre en pie, juntó las temblorosas manos sobre su boca al ver acercarse hacia ella al

Pirata Negro. Este hizo una leve reverencia.

—¿Seguís temerosa, señora? El gato ya ha muerto.

Los grandes y claros ojos de la cuñada del gobernador seguían posados sobre el rostro moreno del hombre que si bien la había salvado... iba ahora a matarla.

—¿Otro gato?—preguntó el Pirata Negro, volviéndose y mirando tras él—. No; estamos solos. No comprendo, pues, por qué no os aquietáis, señora. Por vuestra tez y vuestros cabellos veo que sois inglesa. Pero, decidme: ¿qué hacéis sola en la selva? Os vi aparecer sin creer en lo que veía. ¿Quién sois, hada de los bosques?

Elisabeth Clarence había oído decir a

su hermano que el pirata era burlón y sarcástico. Creyó en una burla precursora de la peor de las muertes. Más le habría valido morir bajo las garras de la fiera.

—A fe mía, creedme si os digo que no os comprendo. Seguís en pie, rígida como una estatua. Cubrís vuestra boca y me miráis como quizá no halléis mirado al leopardo. ¿Qué os produce tanto temor?

—¿Sois... sois el Pirata Negro? —dijo ella con una aguda exclamación, hablando por vez primera.

—¡Ah!... Ahora lo comprendo. ¿Os asusto? Pueril reacción femenina turbadora de la inteligencia que no dudo poseéis. Comprended, linda

desconocida, que no he estado jugando a revolearme por el suelo con ese gato, para luego piratear con vos. Debo de tener mala reputación en Kingston, cuando una dama inglesa se asusta después de que... perdonad; tengo la vaga sospecha de que os he salvado de una muerte poco placentera.

—¿Realmente no sabéis quién soy? —dijo ella, esperanzada.

—Sois bella como un hada, y cuando vuestro rostro pierde su expresión de injusto temor no hace falta que el sol luche con las lianas. Resplandece vuestra sonrisa ahora. Sentaos, y así podré yo hacerlo. Debo confesaros que me hallo fatigado. Ese gato ha sido, quizá, mi enemigo más resistente. Es la

primera vez que he olido tan de cerca el acre aroma que despide una piel de leopardo encolerizado. ¿Queréis decirme vuestro nombre?

—Elisabeth... Elisa Brown—mintió ella—. Soy hija de militar, y... me he perdido.

—Eso último no hacía falta que me lo aclaraseis, Elisa. Sois joven, y no creo, por lo tanto, que buscaseis ese rincón para dedicaros a meditar y alejaros de las mundanas diversiones. Explicadme lo que os ha ocurrido.

—Como todas las mañanas, salí a dar un paseo a caballo... Vi muchos soldados rodeando el Monte Azul, y... supe que aguardaban a que el hambre os fuerce a salir para apresaros.

—Designios poco generosos. Seguid.

—Un tábano picó a mi caballo, que se desbocó y me desmontó. Algunos soldados se lanzaron tras mí, pero mi caballo es el más veloz de Kingston... Perdieron mi pista, y, sin saber la que hacía, perdí el control de mis nervios. Busqué en vano a mi caballo... y llegué hasta aquí.

Un acentuado rubor coloreó las mejillas de Elisabeth Clarence.

—Perdonadme, caballero. Estáis herido, y os habéis expuesto a una muerte casi cierta para salvarme. Os doy mis más sinceras gracias. Sin vos, ahora estaría despedazada.

Ella se arregló los pliegues de la falda extendida a su alrededor y evitó mirar al

hombre que sentado ante ella sabía sonreír tan naturalmente como si el reciente combate sangriento, que había contemplado estremecida, no sabiendo cuál de los dos luchadores era la fiera o el hombre, fuera algo irreal que no había sucedido.

Sin embargo, a pocos pasos de donde ella estaba sentada yacía el cuerpo sin vida del gigantesco leopardo, cuyo pelaje estaba surcado por innumerables puñaladas!

—Curiosa situación, Elisa. Vos, perdida y no os encuentran; y a mí me buscan, sin hallarme, para perderme. ¿Cómo adivinasteis tan pronto que yo era el Pirata Negro?

—Los soldados rodean el Monte

Azul... y os aguardan. Nadie más que vos podía ser el pirata que buscan... Me bastó, veros luchar con la fiera. Ningún militar ni ningún jamaiquino podrían haber vencido a ese monstruo.

—Exageráis. Antes de acoger con un abrazo al gato, pensé en el medio más seguro de salir con poco daño. Nunca lio tratado con animales de ese jaez, y por eso tardé en intervenir. Si un hombre luce espada, opongo mi espada. Pero contra una fiera con zarpas y colmillos, mis dientes y mis uñas eran débiles. Debía, pues, hurtarme a esas dos armas. ¿Veis como era labor fácil? Todo estribaba en evitar que las garras y los colmillos encontrasen mi carne. El primer zarpazo era inevitable. Los otros,

tuve la suerte de poder hurtarme a ellos.

—Os repito mil gracias, y no consentiré de ahora en adelante que nadie hable mal de vos—dijo ella impulsivamente—. Sois muy distinto a como os había figurado al veros..., al oír hablar de vos. Os imaginaba cruel y grosero, y, como todos los piratas, bestialmente codicioso y sin sentimientos nobles.

—¿No os dijeron que desciendo de españoles, señora? Hasta cuando un español se convierte en bribón, como dice su excelencia el gobernador, sabe ser galante con las damas. Por cierto, señora: ¿cómo dijisteis que os llamabais?

—Elisabeth. Elisabeth Brown —dijo

ella, de nuevo asustada.

—¿Sois acaso casada?

—No. ¿Por qué me preguntáis eso? —Es curioso. Tan rojos labios candorosos no pueden decir mentiras fútiles, y líbreme yo de acusaros de falsedad en asunto de tan poca monta. Pero mirad— y la diestra del pirata señaló un pañuelo que sobresalía del bolsillo que en la cintura del corpiño estaba.

Ella bajó la vista, presurosa. Dos iniciales bordadas, "E. C.", se dibujaban claramente en el fino tejido, ocupando; una esquina del pañuelo de encajes.

—Elisabeth corresponde a la "E". Pero, si os llamáis Brown, ¿qué hace aquí esta mentirosa letra "C"?

—Es... es el pañuelo de una amiga.

—¿Sí? ¿Vestís, pues, de prestado? —y, burlonamente, el pirata señaló ahora el borde del escote, donde un pendiente broche ostentaba las mismas iniciales que el pañuelo.

—¡Vos sabéis quién soy yo, y os habéis estado burlando de mí desde que me visteis!—exclamó ella, dilatados los ojos por el enfado y el renaciente temor.

El pirata Negro echó hacia atrás la cabeza y estalló en una breve carcajada.

—Peregrina situación, señora. Dignaos mirar al inocente animalito que he tenido que matar. El no os quería ningún mal; vos fuisteis quien invadió sus dominios. Si me juzgáis de un temperamento tan excesivamente burlón,

que en aras de una burla está dispuesto a sacrificar su propia vida o matar a un inocente gato, es que vuestra inteligencia ha sufrido de nuevo un obscurecimiento. ¿Por qué había de burlarme de vos?

—Por ser yo quien soy... y haber caído en vuestro poder.

—No me ofendáis otra vez, señora. Ya os dije que puedo ser pirata, pero soy español y respeto a las mujeres. No me obliguéis a repetirlo. Basta mi palabra de una vez para todas.

De pronto, el Pirata Negro examinó con más atención los rasgos delicados del rostro de la que decía llamarse Elisabeth Brown. Aquel rostro le recordaba una entrevista de soslayo en ocasión que no situaba con exactitud, y

le recordaba también el cutis lechoso y la cándida figura de Lady Storks, la esposa del gobernador.

Emitió una nueva carcajada burlona.

—Queda ya aclarado el enigma de vuestro empeño en que yo os desee algún nial, pese al leopardo muerto. Escuchad, señora: os voy a contar un bello episodio que más valdría borrar de la historia de Inglaterra, como dice una noble dama al referirse a un asunto completamente ajeno al que ahora os referiré. Imaginaos por un instante que, en vez de esa clara explanada selvática, se erige cerca de donde estáis un patíbulo.

Elisabeth Clarence llevóse las temblorosas manos al cuello, y su

mirada quedó fascinada como cuando percibió al leopardo dispuesto a saltar sobre ella. Temía más al perfil varonilmente bello del pirata, que, sonriendo, seguía hablando:

—Figuraos un batallón que por disciplina tiene que presenciar cómo es ahorcado un pirata. Y éste es hombre que sabe que su fin ha de ser una muerte violenta..., pero a manos de otros hombres. Y el pirata sólo ve por un instante dos vestidos femeninos, cuyas dueñas van a presenciar la muerte de un bandido. No las mira el rostro; no quiere que su concepto de la femenina belleza quede aminorado al contemplar el rostro de dos mujeres que asisten por placer a una ejecución.

—¡Yo fui obligada, porque la ley inglesa exige que la familia del gobernador asista a las ejecuciones!... Y soy su cuñada.

—El pirata hace un gesto poco galante, lo reconozco—continuó diciendo Carlos Lezama como si no hubiera oído las palabras de Elisabeth Clarence—. Escupe al suelo al pasar frente a dos damas. Iba a morir, ¿sabéis? Y le irritaba pensar que dos mujeres se complacían en presenciar su muerte.

—Os he dicho que la ley...

—Os obligó a sentaros en un sillón frente a mi patíbulo. Os creo. Pero, entonces, ¿por qué manifestáis ese absurdo temor? Tengo una cuenta pendiente, pero no es con vos. Quien me

debe satisfacción es vuestro cuñado, el excelentísimo granuja llamado Henry Storks.

El Pirata Negro se levantó e inclinóse profundamente.

—Y ahora, señora, con vuestra venia, permitidme que me retire. Mi presencia os resulta molesta, y no me gustan vuestros ojos cuando manifiestan pavor.

Carlos Lezama dió media vuelta y dirigióse hacia el arroyo, que atravesó en larga zancada. Internábase ya en la selva, cuando a sus espaldas resonó un grito.

Volvióse, mirando hacia el espacio donde, junto al leopardo muerto, Elisabeth Clarence acababa de ponerse en pie, gritando. Miró él rápidamente

los alrededores, y nada vió que justificase la aguda voz femenina.

—Venid, por favor—dijo Elisabeth, acercándose al arroyo—. No puedo quedarme sola... ahora que sé que sois un caballero. Y perdonadme si involuntariamente os he ofendido. Soy una ridícula aprensiva.

Carlos Lezama volvió a atravesar el arroyo y sintió en su antebrazo la presión de la mano femenina.

—¿Me perdonáis, caballero? — dijo ella con voz suplicante.

—Ninguna culpa tenéis en prestar oído a la verdad que afirma que todos los piratas son incapaces del menor sentido de la caballerosidad. Pero yo soy Carlos Lezama, el Pirata Negro, y tengo a

mucha honra el poder llevar la frente alta ante cualquier mujer.

—Sentémonos de nuevo, señor Lezama. Quiero convenceros de que vuestra compañía me es precisa, porque quiero que me honréis con vuestra amistad.

—Hay dos cosas que olvidáis: soy un “huido” de la ley inglesa... y vuestros soldados me buscan. No puedo ya perder más tiempo. Si por mi solo fuera, no desearía mejor amparo que la amable sonrisa que ahora me dispensáis..., pero hice un pacto y debo cumplirlo.

—Quedaos conmigo, y os garantizo que tengo la suficiente autoridad para evitar que ningún soldado os ponga la mano encima.

—Recordad que sois inglesa y que está la ley ante todo.

—No os burléis de nuevo de mí, señor Lezama. Os ofrezco de todo corazón mi protección. Los soldados no tardarán en hallarme..., porque el teniente Archibald Clerk es mi prometido y manda la sección que rodea el Monte Azul por la parte de la costa.

—Bravo caballero, al cual mucho aprecio.

—¿Le conocéis?

—Me apresó. Y supo hacerlo con la más exquisita de las cortesías. ¿Cómo pensáis que vuestros soldados intentarán hallaros?

—Creo que temerá Archibald..., el teniente Clerk, que yo..., en fin, que me

encuentre con vos... Y procurará hallarme. Alguna que otro vez se ha perdido alguien en estas selvas, y siempre han usado el mismo procedimiento. Distanciados entre ellos en forma que sus voces lleguen perceptibles de unos a otros, van gritando el nombre de. la persona que buscan.

—Y vos, al oírla, exhibiréis esa magnífica voz con la que el cielo os ha dotado —dijo sonriendo el pirata— Bien; ahora tengo, pues, la certeza de que cuando oíga las voces de los soldados podré abandonaros sin temor a que estáis sola y medrosa. Decidme: ¿os costaría mucho indicarme en qué lugar del Monte Azul hay menos soldados?

—En el lugar en que mi prometido estaba instalado con su sección.

—Decís que era hacia la costa; pero, ¿qué costa?

—Hacia Cockpit. Y ahora, cuando los soldados de la sección estén cerca, os será fácil intentar la huida por el lugar que habrán dejado abandonado para acudir en mi busca.

—Agradezco vuestra información. Habéis contestado voluntariamente a mi insidiosa explotación de vuestro agradecimiento.

—Y estoy dispuesta a contestar a cuanto deseéis saber.

—No digáis tal, Elisabeth. Hay sinceridades inexistentes. No porque seáis mujer. Nada tengo de escéptico, y

ellos tanto mienten como ellas, si nacieron mentirosos.

—Dudáis de mí porque antes fingí llamarme Brown. Pero esto ha quedado aclarado. Habitualmente soy conocida por excesivamente sincera. Me reporta perjuicios. Ponedme a prueba, si queréis comprobarlo.

—Primera prueba: vuestro cuñado es un solemne pillo hipócrita. ¿Qué contestáis a estas palabras?

—Que tenéis toda la razón.

Estupefacto, el Pirata Negro echó hacia atrás la cabeza y rió con su agradable risa seca.

—¿De qué os reís?—preguntó ella, sonriente.

—Os admiro, sincera Lizzy. Pero

antes, de continuar el juego en el que ha de quedar patente vuestra sinceridad, os advierto que todas mis preguntas van destinadas a procurar destituir a vuestro cuñado.

—Lo merece.

—¿Acaso le odiáis?

—No; ése es el mal. Henry es simpático y encantador. Pero es un solemne pillo hipócrita, como decís. Mi hermana no puede percibirlo porque está enamorada de él, y dicen doctos doctores que, mujer enamorada, ciega está.

—Sois sincera y tenéis buen sentido del humor. Tengo entendido que Henry Storks suplantó a su amigo Gasket, preparando trampas contra él, que era

entonces gobernador. ¿Es eso cierto?

—Debe de serlo, porque Lady Gasket es sensata y es mi amiga. Pero nadie puede probarlo, y yo misma no sé más que lo que Robert Gasket dice. Y es hombre de palabra.

—Creo que en las gabelas vuestro cuñado hunde el brazo hasta el codo y su bolsa particular se redondea a efectos de ese pirateo especial.

—También lo dice Lady Gasket, y ella nunca miente. Pero no existen pruebas.

—Siempre la misma barrera. Escuchadme, linda Lizzy; vos tenéis toda la inteligencia de que yo carezco. Figuraos por un instante que vos estáis en mi lugar. Debo, para cumplir una promesa, demostrar que Henry Storks es

un prevaricador y un falsario. Es hombre hábil y nada se le puede demostrar. Es hombre valiente y no lo puedo atemorizar. ¿Qué haríais vos?

—Os lo diría si primero supiera a qué fin destináis el método que os aconsejaría. Una manera única y sin fallo de que Henry confiese sus malas acciones. ¿Qué os importa Kingston y Henry Storks?

—Ambos se me dan un ardite. Pero dijisteis antes que Lady Gasket era vuestra amiga..., y a mí me recuerda mi madre, tal como supongo que debía de ser. Y sólo por ella, quiero que quede patente la perfecta inocencia de Robert Gasket.

—Creo en vos. Y me encanta vuestro

modo de hablar. Como yo, sois sincero, y es cualidad que aprecio en quien la hallo. Figuraos, pues —y en los ojos de Elisabeth Clarence brilló una maliciosa luz—, que yo soy el Pirata Negro. Me olvido de que soy un caballero, pero lo olvido sólo un minuto. El minuto en que entre mis brazos sostenga a Ethel Clarence, Lady Storks por su enlace matrimonial, y la rapte.

—¿Eh?.. ¿Cómo decís? ¿Raptar a vuestra propia hermana?

—¿No soy, acaso, un pirata acusado de acciones que nunca cometió?.. Pues obro como un pirata vulgar... a los ojos de los demás. Pero siempre, siempre llevará Carlos Lezama la trente alta ante cualquier mujer.

—¿Cómo sería eso posible, si rapto a una mujer? Nunca ha sido acción que Carlos Lezama cometiera.

—Henry Storks sólo ama dos cosas: el dinero y a su esposa. Creo que ama aún más a Ethel. Raptadla... y tratadla con la misma cortesía que conmigo habéis empleado. Dejadla en sitio seguro y libre de toda molestia, y cuando Henry os vea de nuevo accederá a cuanto le pidáis por recuperar a su esposa.

—Felizmente, no sois pirata —dijo Lezama, sonriendo— Escuchadme: Lady Gasket se encuentra voluntariamente a bordo de mi nave, aguardando a que yo termine de cumplir la promesa que le hice. ¿Os parece suficiente garantía de que vuestra hermana estará a bordo del

“Aquilón” tan segura y respetada como la propia Lady Gasket?

—No me hacía falta esa aclaración. Sé cuándo ante mí tengo a un caballero. Y Old mi último consejo. Siempre todas las noches, hacia las ocho, mi hermana acude al templo protestante. ¿Sabéis dónde se halla? Es en la ciudad baja, Junto al cruce de las calles que conducen a lo alto de Kingston. Va sola y casi siempre está desierta la capilla. No la hagáis sufrir demasiado. Quiero con ello decir que no la asustéis..., aunque lo merece por haber sido incapaz de descubrir que Henry es un granuja.

—Me desconcertáis, Lizzy. ¿Sabéis que al ser destituido Storks vos no seréis ya la cuñada del gobernador?

—Seré la esposa de Archibald Clerk. Y es un bien que le hago a mi hermana. Hasta hoy, Henry sólo ha robado, pero puede dejarse resbalar y cubrir con crímenes sus acciones deshonestas. Le evito el ser un criminal y ayudo a pobre Lady Gasket, que todo lo merece, por buena, noble y gran señora.

—Eso es, poco más o menos, lo que dije a vuestro cuñado. Gracias, Lizzy. Envidio al dichoso Archibald Clerk, bizarro teniente que...

Oyóse en la lejanía un quebrar de plantas y unas fuertes pisadas.

—¿Los soldados? — preguntó Elisabeth, pesarosa. Habría querido prolongar su charla con el hombre que desconcertaba a “la desconcertante y

excesivamente sincera Lizzy”.

Unos relinchos se acercaron, y un potro de recia estampa y finos remos acudió trotando hasta frotar sus belfos contra el hombro de Elisabeth.

—¡Mal compañero!—dijo ella, acariciando la cabeza del animal—. Me tiraste al suelo, y ahora, cuando se te ha pasado el enfado por la picadura del tábano, vienes a presentarme tardías excusas.

Carlos Lezama palpó con mano conocedora los cuartos traseros del bruto, reconociendo que era un vigoroso ejemplar equino. Por su mente cruzó una idea, que intentó apartar como improcedente. Por eso sonrió complacido al oír las palabras de

Elisabeth Clarence.

—Disponed de él, señor Lezama. Cuando los soldados se acerquen a este lugar, alejaos silenciosamente, manteniendo por las riendas a "Peterkin". Y luego galopad hacia el lugar donde os he dicho se hallaba la sección de Archibald. Saldréis sin dificultad... y los soldados seguirán buscándoos. Si aguardáis a la noche ocultándoos, las calles de Kingston estarán libres de soldados, que continuarán su infructuosa búsqueda del Pirata Negro..., y mi hermana perderá el miedo cuando se halle junto a Lady. Gasket. Buena suerte.

—Eso me dijo un viejo bucanero al despedirme. ¡Qué esposa más deliciosa

de pirata habríais sido!

* * *

Los soldados de la sección dirigida por Archibald Clerk iban gritando por intervalos el nombre de Elisabeth, anteponiéndole respetuosamente la palabra “Miss”.

Cuando el teniente Clerk oyó a lo lejos la voz de su prometida, palideció intensamente y sus labios temblaron murmurando una plegaria.

Corrió, perdido todo control de sí mismo, y cuando Elisabeth Clarence avanzó sonriente hacia él, el teniente se arrodilló como el creyente ante una imagen santa.

—¡Por fin, Elisabeth!... Temía por vos..., temía que el Pirata Negro os hubiese encontrado.'

—¿Qué dirán los soldados si me besáis, Archie? Por una vez que habéis perdido vuestra habitual impasibilidad, no la recuperáis demasiado pronto. Me alegra volveros a ver y nada me ha pasado. Os permito que me beséis.

Elisabeth Clarence tendió su mejilla, y devotamente, con sumo cuidado, Archibald Clerk aplicó sus labios en la tersa y sonrosada mejilla. Ella se separó de él, examinándolo, con las manos entrelazadas.

—Sois bizarro, sí. Y habéis obrado tal como supuse. Pero, ¿quién vigilará el lugar por donde estabais y que habéis

abandonado para venir a buscarme? El Pirata Negro puede huir por allí.

Archibald Clerk sonrió, señalando al leopardo muerto.

—Ved esa fiera apuñalada. Está muerta, y no dudo de que cerca de aquí hallaremos el cadáver del Pirata Negro. Nadie puede luchar con un leopardo sin perder la vida en ello. Y lo siento—dijo bajando la voz—, porque, si bien era un pirata, me pareció que podía haber sido un caballero.

Elisabeth sonrió a su prometido y enlazó su brazo al suyo.

—Siempre he dicho, Archie, que sois perspicaz. Habéis adivinado que esa fiera debió seguramente de ser muerta por el pirata, que, según dicen los

rumores de los puertos, sabe ser, cuando quiere, todo un caballero. Regresemos a nuestro punto de partida, Archie.

Los soldados registraron inútilmente los contornos sin hallar el cadáver que buscaban.

Pero Archibald Clerk no pensaba ya en el Pirata Negro, porque contemplaba el puro perfil aniñado de la mujer que para él era el compendio de la perfección humana.

CAPITULO VII

A bordo del "Aquilón"

La obscura callejuela que conducía al oratorio protestante donde Lady Storks acudía todas las noches, antes de cenar, a efectuar sus plegarias, estaba desierta. Un potro de gran alzada y noble estampa cabeceaba alegremente, atado por la brida a una reja.

De la bolsa que colgaba a un lado del arzón sobresalía una cabecita achatada de largos dientes, y el pequeño cachorro

de leopardo exteriorizaba con grandes bostezos su aburrimiento.

Desde que una mano morena le había asido por el lomo en su lejana selva, introduciéndolo en una bolsa y atándolo con esmero y delicadeza, el cachorro lanzaba de vez en cuando débiles gruñidos interrogando a su ausente padre para que le explicara por qué nuevo juego estaba él ahora, sin poder moverse, dentro de una tela de la cual sólo podía asomar la cabeza.

Lady Storks avanzó a pasos menudos y no se fijó en el caballo; si lo hubiera visto lo habría reconocido inmediatamente como "Peterkin", el potro favorito de su hermana.

—Perdonad, señora—habló una voz

desde el obscuro y próximo portal—. Si voluntariamente me seguís, me evitaréis...

—¡El Pirata!—gritó ella, aterrorizada.

Y en la obscuridad destacóse la alta silueta negra de Carlos Lezama, cuyo rostro se le antojó a Ethel Clarence la máscara más cruel de cuantos rostros humanos había visto.

Y, sin embargo, Carlos Lezama procuraba sonreír con expresión tranquilizadora.

—Venid conmigo, señora. Y, por favor, os suplico que no gritéis.

—Yo... yo —balbució ella, pálida y temblorosa—. ¡Auxilio!... — gritó de pronto.

El Pirata Negro enlazó el breve talle

con un brazo, y, manteniendo contra su pecho a Ethel, desató la brida del caballo. Montó ágilmente y, soportando contra su pecho a la esposa del gobernador, hincó los tacones en los ijares de “Peterkin”.

El caballo galopó velozmente hacia la costa... Ethel Clarence, con los ojos cerrados, dejó de forcejear. El brazo que alrededor de su cintura la sostenía sentada a través de la cabalgadura era reciamente sólido, y, sin embargo, no la brutalizaba.

—Hacéis bien en no gritar, señora —dijo el Pirata Negro espoleando al caballo y alzando la voz—. Ningún mal os ha de sobrevenir. Os doy mi palabra de que pronto habréis de regresar, sana y

salva.

Ethel siguió guardando silencio. Su marido pagaría el rescate, y, en cambio, si gritaba, aquel pirata la mataría despiadadamente.

—¿Dónde vamos?—preguntó con tenue voz.

—A bordo del “Aquilón”, mi nave. Es el mejor velero que surca los mares y digno estuche apropiado para albergar por unos cortos días a la esposa de su excelencia el señor gobernador.

* * *

“Cien Chirlos” cogió de manos de Juanón la bandeja que éste llevaba de la cocina.

—Aparta, bellaco —rezongó “Cien Chirlos”— Tú no entiendes de esas cosas de servir a damas. Si yo soy el segundo de nuestro jefe, es porque poseo algo de sus maneras.

“Cien Chirlos” atravesó la antesala del camarote de la capitana y repiqueteó respetuosamente con los nudillos en la puerta tras la que se hallaban Lady Gasket y su hijo.

—Si no hablasen ese maldito chapurreo de extranjeros, les podría decir si les gusta la comida—masculló el pirata.

Sus atenciones no eran espontáneas ni brotaban de una delicadeza que no poseía; Era que Carlos Lezama le había indicado, con tal lujo de detalles y

amenazas, que aquella dama era la mujer más venerable, y que como tal debía ser tratada, que el pirata del rostro espantosamente amenazador deseaba ser el más eficiente de los servidores.

Y su sonrisa al entrar en el camarote y saludar a Lady Gasket quería ser un prodigio de amabilidad.

—¡Es un prodigio de fealdad ese bandido!—dijo Robert Gasket—. Cada vez que lo veo me quita el apetito.

—Nunca los rostros fueron espejos del alma, hijo. Aunque... aunque sospecho que la sonrisa de ese hombre es fruto de las advertencias de Carlos Lezama.

Lady Gasket, con un ademán sonriente, señaló la puerta a "Cien Chirlos". El

pirata corrió a cerrarla. Ella volvió a señalarle la puerta.

—Así no hay quien se entienda, señora —masculló el improvisado lacayo—. ¿Cierro o abro?

Robert Gasket se levantó y abrió la puerta, señalando con el índice el exterior.

"Cien Chirlos" volvió a saludar, y, una vez fuera del camarote, hundió las dos manos en su faja.

—¿Qué les costará decir: "Lárgate" o "Fuera"? Con lo fácil que es el español. Y tienen cara de inteligentes y personas de letras y lectura.

Siguió meditando en la utilidad de que todo el mundo hablase el español. Abandonó su vigilancia al oír el grito

del centinela de cofa.

El “Aquilón” continuaba anclado a escasa distancia de la isla de May Pen, y una lancha se destacó para ir a recoger a Carlos Lezama, que no llegaba solo.

“Cien Chirlos” quitóse el gorro de lana que cubría su greñuda y tosca cabeza llena de costurones, y Ethel Clarence, al ver aquel rostro de gárgola, se estremeció, cerrando los ojos y apoyándose en el antebrazo del Pirata Negro.

—Excusadlo, señora. Está sonriendo y os da la bienvenida. No le miréis y pensad que os reservo una agradable sorpresa. Hay a bordo una dama que será vuestra compañía mientras debáis permanecer aquí. Era, según creo,

vuestra amiga..., aunque últimamente os negasteis a recibirla.

El Pirata Negro abrió la puerta del camarote de la sala capitana, y cuando Ethel Clarence hubo entrado, cerró tras ella. Alejóse en dirección al puente de mando, y sus dos silbidos cortos precedieron a la pronta llegada de "Cien Chirlos".

—Ven acá, querubín. ¿Nadie se ha asomado a la sala capitana durante mi ausencia?

—Nadie, señor. Ellos prefieren tenderse en la isla y jugar a los dados. Sólo yo y Juanón entramos al camarote de la señora que no habla español. Comen bien, y el hijo bebe mucho, para ser hombre de tierra.

—¿Recuerdas lo que te dije cuando Lady Gasket montó a la grupa de tu caballo?

—Sí, señor. Respetarla y que todos la respetasen como si fuera tu madre.

—Has visto a la dama que ahora acaba de entrar en el camarote de Lady Gasket. ¿Qué te ha parecido?

—Bella como esas imágenes que pintan en las iglesias.

—Sabes distinguir, bellaco. Volveré a marchar dentro de unos instantes. En mi ausencia, que sigan mis valientes en la isla y no se acerquen para nada a la sala capitana. Tu me respondes de ello, cara fea. Sólo las serviréis Juanón y tú.

—¿Habla español, señor? — preguntó "Cien Chirlos", esperanzado.

—No. Pero no te importa. Para lo que has de hacer, no necesitas saber Inglés. Podrías haberlo aprendido; conmigo venías cuando desembarcamos y anduvimos por tierras inglesas.

—Yo, señor, tengo una sola lengua. Y no tengo tu inteligencia. Soy “un hatajo de asno rebuznante”, como tú les dices a los otros.

—Quien reconoce lo que es, demuestra mucha inteligencia, “Cien Chirlos”. Estoy contento de ti, y en la primera presa que hagamos percibirás una parte igual a la mía.

—Gracias, señor. ¿Y cuándo nos hacemos a la mar?

—¿Quieres ya percibir tu parte de futuros latrocinios? Pronto te contentaré.

Al fin y al cabo, mi “Aquilón” no es una posada ambulante... y deseo ya alejarme de Jamaica. Pero primero he de despedirme de su excelencia el gobernador.

* * *

Cuando Ethel Clarence hallóse en el vasto camarote frente a los Gasket, lanzóse impulsivamente a los brazos de Lady Gasket.

Robert Gasket no era hombre que perdonase las injurian que a su madre se hicieran, y, sabedor de que ésta había sido casi arrojada de la residencia del gobernador cuando fué a pedir audiencia a su esposa, prefirió abandonar el

recinto para entrar en su camarote, cuya puerta cerró ostensiblemente para demostrar que no quería saludar a la recién llegada. Pero, una vez en el interior del camarote, prestó oído a través de la puerta, porque le intrigaba, excitando fuertemente su curiosidad, el saber por qué ignorados motivos Lady Storks pisaba la cubierta de un velero pirata.

—Serénate, Ethel —dijo Lady Gasket —. No sé a qué milagro se debe tu presencia aquí, pero puedo asegurarte que nada has de temer.

—¿También a vos os ha raptado?

—¿De quién hablas, y quién había de raptarme a mí?

—El Pirata Negro. Ese bribón

insolente que... — se detuvo repentinamente la esposa de Henry Storks—. Pero vuestro hijo está aquí... ¡No puedo creerlo! ¡Vos os habéis rebajado tanto que...!

Y se separó de la anciana, que volvió a sentarse impasible.

—No tengo por qué darte cuenta de mis actos, Ethel. Yo y mi hijo estamos aquí por nuestra propia voluntad. Mi hijo se salvó de la horca con que tu marido le quería condenar, y preferimos ambos la compañía de un pirata, que es un caballero, a ser gobernados por un caballero que es indigno de ser pirata.

—No os consiento que habléis así de mi marido, Lady Gasket. Os habéis asociado a un bandido para conspirar

contra el gobierno del Rey en Jamaica, señora.

—Por el Rey ha de cesar pronto el gobierno del hombre más hipócrita que he conocido. Es tu marido, y lo quieres. Pero, desengáñate...

—¿Ha sido también parte de vuestra conspiración el motivo por el cual he sido raptada violentamente por el pirata?

—Ya supuse que no venías por tu voluntad. Pero nunca supuse que el Pirata Negro actuase así. No tenía fama dé raptor...

—La leyenda falsea siempre la verídica historia —dijo Carlos Lezama, entrando y descubriéndose—. Siento defraudaros, Lady Gasket. Pero he

raptado a Lady Storks. Y debo añadir simplemente una advertencia: es de desear que Henry Storks quiera a su esposa tanto como la leyenda afirma. Que esa leyenda sea verídica historia... Voy a visitar a su excelencia, y mi vida no correrá peligro si Henry Storks quiere a su esposa, porque espero que sabrá comprender que ella es mi garantía. Mi muerte significaría la suya, Lady Storks.

La aludida volvió la espalda despreciativamente a Carlos Lezama, el cual sonrió mirando a Lady Gasket. Ésta devolvió la sonrisa. Había comprendido la razón por la cual el Pirata Negro había raptado por vez primera a una mujer en contra de su voluntad.

* * *

Juanón extendió sobre la mesa del camarote de su jefe unas hilas de algodón empapadas en vinagre y sal.

El Pirata Negro, sentado en un escabel, ofrecía su amplia espalda desnuda mientras jugueteaba con un cachorrillo que lanzaba débiles zarpazos indolentemente, atado al pie de la mesa con sólida cadena.

Juanón aplicó un ungüento de su especial fabricación, residuos macerados de hierbas monteses, sobre los surcos sanguinolentos que laceraban la espalda de su jefe.

—Extrañas heridas, señor. Parecen

garfios o uñas de un gato grande las que las han producido. Pero ningún gato araña tan profundamente y con esta anchura.

—Fué el papá de este bichito el que me causó estas Caricias. Hinca más las hilas, Juanón. No hay mejor escocedura que la sana mordedura de la sal el vinagre. Y tú alimentarás a este cachorro durante mi ausencia. Carne cruda y vino con agua. Quiero que llegue a ser como su padre: un valiente y robusto leopardo.

—Son fieros esos animales, señor.

—Se amansan si desde la cuna reciben buenas enseñanzas. ¿Conociste a tu madre, Juanón?

—No, señor. Me crié en la taberna donde tú me recogiste.

—Si te hubiera hallado cuando tenías la edad de ese cachorrillo, te habrías evitado el ser pirata.

—Me gusta serlo, señor, bajo tu mando.

—También a ese cachorrillo le gustará ser mi gato. Pero habría estado mejor con su padre... y tú con el tuyo.

—Ya está, señor. Cuatro días a lo más y sólo te quedarán las cicatrices.

—Ésas curan pronto, Juanón. No así las del alma. Pero, ¿sabes tú, acaso, lo que es un alma?

—Nunca las hallé por mi camino, señor.

—Tú lo has dicho. Nunca las hallaste en tu camino.

Y más tarde, Juanón, en la antesala del

camarote del jefe, tomaba por testigo a “Cien Chirlos”, después que el Pirata Negro se hubo alejado galopando selva adentro, montado en “Peterkin".

—Nuestro amo dice a veces cosas que no entiendo, “Cien Chirlos”.

—¿Y qué necesidad tienes de entenderlo? Un hombre que habla inglesado, afrancesado y otras lenguas más tan bárbaras, es natural que conozca montones de palabras que tú has de ignorar, zopenco.

—¿Sabes lo que es un alma?

—Todo el mundo lo sabe, bellaco. Es eso... que llevamos adentro y que a algunos les molesta mucho. A mí nunca me ha dolido. Claro, es que yo soy muy fuerte. Tampoco nunca me ha dolido el

estómago.

"Cien Chirlos" cogió la bandeja de manos de Juanón.

—Has hecho bien. Esos brebajes son propios de damas. Huelen a limón y a azúcar.

Cuando, tras de repiquetear en la puerta, entró "Cien Chirlos" asomando primero la cabeza, extrañó ver a las dos damas distanciadas y sentadas en silencio cada uno a un extremo de la larga mesa.

Ethel Clarence miraba con horrorizado semblante al pirata. Y éste comprendió que su presencia no era grata. Depositó con dignidad la bandeja sobre la mesa y saludó profundamente antes de marcharse.

—De ahora en adelante las servirás tu, Juanón. Había olvidado que “el” me dijo que no debía asomarme ahí dentro. No sé qué le pasa a esa buena señora que ha llegado la última. Me mira como si tuviera monos en la cara. ¿Tan feo soy?

—Más de lo que tú te figuras.

Alejóse Juanón precipitadamente, esquivando por escasos milímetros el airado puntapié que le lanzaba “Cien Chirlos”.

Al quedarse solo, el pirata de los cien costurones cruzóse de brazos, adosándose contra la puerta que vigilaba.

—“Él” dice que yo soy un guapetón valiente. Y él entiende más de esas


cosas que esa dama remilgada.

CAPÍTULO VIII

Las sorpresas del teniente Clerk

Henry Storks llevaba dos noches sin dormir. Descuidaba excepcionalmente las atenciones que por costumbre prodigaba a su persona. Y no había requerido los servicios del barbero ni habíase mudado desde que, tras una espera de dos horas, había ido personalmente a la capilla protestante para oír de labios del pastor que Lady Storks no había asistido a las plegarias

nocturnas.

Lady Storks parecía haberse esfumado. Ninguno de los soldados enviados a recorrer todas las casas de Kingston supo dar noticias del paradero de Ethel Clarence.

Mientras cenaba en silencio, Henry Storks era contemplado con irónica sonrisa por su cuñada.

—Estáis abatido, Henry. Recobrad el ánimo y no penséis en cosas de mal agüero. Nuda le ha ocurrido a Ethel.

—Tomáis este desdichado asunto con una sangre fría que detesto, Elisabeth. La que ha desaparecido desde hace dos noches es vuestra hermana. ¿Os dáis cuenta de lo que eso significa?

—Volverá. No lo dudéis.

—Muy segura parecéis de que nada le ha sucedido. Quisiera acompañaros en esta certidumbre, que, desgraciadamente, no comparto. Ya sabéis cuáles son las últimas noticias. La selva del Monte Azul ha sido registrada palmo a palmo y no se ha hallado la menor huella del Pirata Negro. Es hombre vengativo, y, ¿quién me garantiza que no sea responsable de la desaparición de mi esposa?

—Tenéis mente de criminal, Henry. Suponéis en el Pirata Negro acciones de las que no le creo capaz.

—Y vos, ¿qué sabéis de lo que es capaz ese bribón?

Los dos centinelas que guardaban las puertas de la antecámara chocaron sus

tacones al paso por entre ellos del teniente Archibald Clerk, que se cuadró ante el gobernador.

—Buenas noches, Archie — saludó Elisabeth—. Abandonad esa tiesura y sentaos. Quiero serviros una copa de buen vino, porque tengo el presentimiento de que venís a comunicar a mi cuñado buenas noticias.

—Sentaos, teniente Clerk. En consideración a que sois el prometido de mi cuñada, olvidaremos por unos instantes el protocolo. ¿Qué deseáis decirme?

—Queremos casarnos, Henry — dijo suavemente Elisabeth.

—¡Oh, no, señor! — protestó Archibald Clerk, sonrojándose—. Yo no

vine a deciros eso... Yo...

—Es una falta de galantería atroz la que acabáis de cometer, Clerk —dijo, sonriendo tristemente, Henry Storks—. ¿No es así, cuñada?

—Perdón, Elisabeth... —murmuró acongojado el teniente—. Quise decir que yo venía... En fin, señor gobernador, tengo el honor de pediros la mano de vuestra cuñada.

—Gracias por la atención, Clerk. Pero ella es la que ha de decidir, aunque leo en sus maliciosos ojos que está muy dispuesta a concedérosla. Y ahora, salvado ese pequeño incidente en el cual no habéis quedado muy airoso, decidme el motivo real de vuestra visita.

—Un pescador de la costa ha visto

pasar hace dos noches a un caballo en cuya silla montaba un jinete que mantenía estrechamente abrazada a una dama. Desgraciadamente, las descripciones coinciden exactamente con las de Lady Storks... y el Pirata Negro.

—Me lo figuraba—dijo el gobernador, levantándose.

Anduvo pesadamente hasta apoyar su frente ardorosa contra el frío cristal de la ventana.

Y Archibald Clerk recibió la segunda sorpresa de la noche al ver que su prometida lo guiñaba un ojo con desenfado.

—Tranquilizaos, Archie — susurró acercándose a él, que se había también

puesto en pie—. Mi hermana está en lugar seguro y nada lo ha de pasar.



Depositó con dignidad la bandeja...

—¿En poder del Pirata Negro? Perdonad, pero creo os..., no aquilatáis el volumen de la desgracia.

—¿He hablado nunca a tontas y a locas?

—Ignoráis aquello de que un pirata es capaz.

—Mejor que vos sé de lo que es capaz un pirata. Es, por ejemplo, capaz de luchar con un leopardo y matarlo.

Henry Storks volvióse, y, aunque se enjugaba las comisuras de los labios con mano temblorosa, habló con voz firme,

—Prestad atención, teniente Clerk. Ya tendréis tiempo de intercambiar dulces palabras con Elisabeth. Todos los componentes de las fuerzas que hay en Kingston recorrerán la isla en todas sus

costas hasta dar con el escondrijo en que se oculta la nave del Pirata Negro.

—¿Y vais a dejar Kingston sin su guarnición? Lo prohíbe la ley—intervino Elisabeth.

—La ley me tiene sin cuidado—«lijo impulsivamente Henry Storks, que al ver la mirada de sorpresa del teniente, añadió con rapidez—: Quiero decir que, ante el peligro que corre mi esposa, hay que imprimir una cierta ductilidad, ¿me comprendéis, Clerk?, una cierta flexibilidad a...

Los dos soldados que enmarcaban la puerta de la antesala desenvainaron precipitadamente sus espadas. El Pirata Negro se defendía de las acometidas de varios soldados que le atacaban

sañudamente, mientras él, andando hacia atrás, subía, prodigando las estocadas.

Y Archibald Clerk recibió otra sorpresa al oír la voz tonante con que el gobernador gritaba:

—¡Dejad a ese hombre! Viene a visitarme. ¡Envainad los aceros!

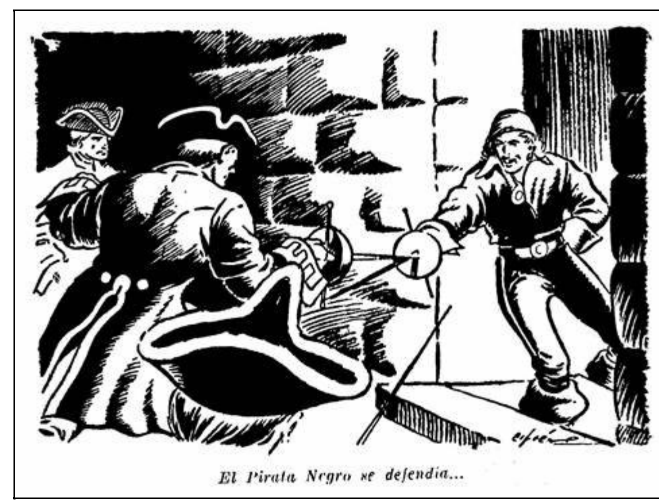
Los soldados abatieron disciplinadamente sus armas, pero miraron con extrema extrañeza el rostro extremadamente sorprendido de su teniente, que, avanzando hacia ellos, dió la orden de envainar.

Carlos Lezama entró en el comedor, y el gobernador se precipitó a cerrar la puerta tras él. Elisabeth Clarence sonrió ante el saludo del Pirata Negro.

—Buenas noches, señora. Y a ti no puedo deseártelas, Storks, hasta que terminemos de hablar.

—¿Nos podéis dejar un instante a solas, Elisabeth —rogó Storks, lívido y sentándose después de servirse una copa de vino que apuró de un sorbo.

—¿Por qué he de irme? Cuando ibais a ajusticiar a ese hombre, me obligasteis a asistir porque la ley así lo mandaba. Si ahora es vuestra visita, no veo por qué he de ausentarme. ¿No opináis así, señor Lezama? Tomad, el ejercicio os habrá dado calor. Ese vino os refrescará, y es del mejor tonel que los jamaiquinos han construido hace muchos años.



El Pirata Negro se defendía...

—Idos, Elisabeth. Todo tiene un límite. Vos no podéis comprender las razones por las que yo he consentido en que ese... hombre atropellara a mis soldados e irrumpiera violentamente aquí sin dejar que lo matasen.

—Sí que he comprendido. ¿O tan ignorante me suponéis?—dijo ella

contemplando cómo, después de beber, el

Pirata Negro se sentaba ante el gobernador—. Archie os ha comunicado que vuestra esposa ha sido raptada y ese hombre viene a pediros el rescate. Su vida está a salvo, porque de la suya responde la de vuestra esposa.

—Que es tu hermana, mujer sin alma —exclamó Storks, exasperado.

—Y es por eso por lo que tuve que consentir en ser tu cuñada, hombre de dos rostros dijo ella, sonriente—. Porque ella se enamoró del arrogante Henry que es... ¿cómo dijimos, señor Lezama...?

—Un solemne pillo redomado—acotó Lezama—. Tu esposa me ha ordenado

que te salude en su nombre, Storks. Está bien atendida y me encarece que te diga que no sufras ansias por ella.

—¿Cuánto exiges por ella?

—¿Cuánto puedes darme?

—Mi fortuna particular asciende a veintidós mil ducados.

—¿Once mil guineas? —interrogó Elisabeth—. ¿De dónde habéis sacado tanto dinero? Cuando Ethel y yo os conocimos, no poseíais ni cinco guineas juntas. Comprendo: estáis dispuesto a olvidar que sois gobernador, y pensáis saquear los fondos reales. Pero el tesorero sabrá impedirlo.

—Empiezo a odiarte, Elisabeth —murmuró el gobernador—. Más que a ese hombre, que al fin y al cabo no hace

otra cosa que cumplir con su repugnante misión. ¿Te bastan mis veintidós mil ducados, pirata?

—No —replicó secamente Lezama.

—Pídeme lo que quieras..., pero te juro que algún día he de hallarte y vengaré los instantes de atroz zozobra que he pasado. ¿Cuánto quieres?

—Tu dinero no me interesa. Quiero saber cómo ha llegado a tus manos. Y también saber qué infernal trama urdiste para envolver en ella tan hábilmente a Robert Gasket, un hombre que, convencido de su propia inocencia, no sabe, sin embargo, hallar pruebas en qué basarse para su defensa.

—Tu audaz insolencia ha sabido adivinar mi punto sensible. Por ella, por

Ethel, te daré cuanto me pidas. A un hombre de tu calaña, sólo el dinero puede interesarle. Cuando me cerciore de que Ethel está sana y salva y que no ha sufrido el menor daño, recibirás los veintidós mil ducados.

—No finjas Ignorar lo que antes te he dicho. El precio del rescate de tu esposa es escaso, dado el valor que ella tiene para ti. Necesito tu declaración ante los personajes más significados de tu corte de que eres un prevaricador y que Robert Gasket no merecía ser destituido. Eso es cuanto quiero, y, cuando lo hayas cumplido, tu esposa regresará a tu lado.

—¿Cómo sé si cumplirás? Y por encima de todo, existe algo que es ajeno a mí. Yo no puedo declarar acciones que

nunca he cometido. Ni he prevaricado, ni tengo nada que ver con la destitución de Robert Gasket.

El brazo en cabestrillo de Henry Storks soportaba su muñeca rota y vendada. La mano izquierda del gobernador se hundió en el amplio tejido que soportaba su brazo herido, y, empuñando una pistola, el gobernador encañonó al Pirata Negro.

—Dispararé si intentas resistirte, pirata. Ordenaré a mis soldados que te lleven a la cámara de las torturas, y, como hay Dios, te juro que confesarás dónde se halla tu barco y dónde se halla mi esposa.

Carlos Lezama se sirvió una copa de vino, mientras Elisabeth, despavorida,

fijaba sus ojos agrandados por el temor en la decidida expresión de su cuñado.

—No creo que dispararás, Storks. Piensa que no soy un cordero y no he venido en ninguna forma dispuesto a ser torturado. Tengo distribuidos en la capital varios de mis hombres. Si no me reúno con ellos, tu esposa morirá, si me torturas, ella también será torturada. La suerte que yo corra, será la suerte que ella sufrirá.

—La perdería de todas formas —dijo Storks, levantándose con el ceño fruncido—. Podría prometerte cuanto quisieras... y nada la salvaría. ¡Teniente Clerk!

Archibald Clerk abrió la puerta y so cuadró ante el gobernador.

—Llevaos a ese hombre a la cámara secreta. Que lo encadenen y vigilen permanentemente cinco centinelas a su vista. Hasta que yo vaya a visitarle.

Elisabeth abalanzóse contra su cuñado, golpeándole frenéticamente el pecho con sus diminutos puños.

—¡No puedes hacer eso! Ethel morirá... si el Pirata Negro sufre el menor daño.

—Tardío despertar de tu cariño de hermana, Elisabeth. Procura imitar mi actitud. Antes que marido, soy gobernador.

Carlos Lezama seguía sentado, jugueteando con el vaso. Habló lentamente, fijando en Storks una burlona mirada.

—Os garantizo que no me encadenaréis, teniente Clerk. Tengo en el cinto de mi espada dos pistolas. Venid por ellas, que no os las he de entregar con la docilidad que manifesté en la cabaña del bucanero. En la antesala se agolpan soldados. Llamadlos, si queréis, pero cuando yo caiga muerto, que repiquen por Lady Storks las campanas de Kingston y que los pastores protestantes entonen sus himnos fúnebres por el eterno descanso de Ethel Clarence, la que fué esposa de Henry Storks, el hombro que prefirió ser gobernador a ser simplemente un hombre feliz.

Elisabeth se separó de su cuñado para interponerse entre el sillón que ocupaba

Carlos Lezama, hacia el que avanzaba decidido el teniente Archibald Clerk.

Henry Storks encañonó con su pistola al Pirata Negro, que con pausado ademán sacó a la vez sus dos pistolas. Cuando Henry Storks disparó, Carlos Lezama, que había vigilado el índice que el gobernador apoyaba en el gatillo, dió un salto de costado y, proyectándose hacia adelante, abatió las dos culatas de sus pistolas sobre la frente de Storks, el cual vaciló sobre sus pies y cayó desmadejado, como un pelele roto, encima de los brazos de un sillón.

Archibald Clerk pugnaba por desasirse de los brazos de su prometida, evitando maltratarla. Pero Elisabeth se abrazaba con colérica desesperación al

teniente.

—¡Entrad! ¡Apresad a ese hombre! —gritó el teniente.

Y llevóse Archibald Clerk la mayor sorpresa de la noche al ver a su prometida que, soltándole de pronto, corría hacia el Pirata, que aguardaba manteniendo enhiestas las dos pistolas y, cogiéndole del brazo, gritaba: —¡Venid conmigo!

La puerta se abrió, dejando paso a varios soldados, que encendieron las mechas de sus arcabuces.

El Pirata Negro señaló con sus dos pistolas a los recién llegados. Y, pese a los esfuerzos de Elisabeth por apartarlo del lugar en que estaba, Carlos Lezama permaneció inmóvil.

—Ved, señora, que no es ocasión de dar la espalda. Vuestros soldados son dirigidos por un tenaz y terco oficial que estoy seguro de que se dispone a dar la orden de fuego. Pero no temáis; a él no le destinaré mis aletazos de agonía. Lo lamento por esos muchachos, que nada tienen que ver con la decisión del hombre que está dispuesto a sacrificar a su esposa.

—No le matéis... —habló Henry Storks, poniéndose en pie, vacilante. —Es mi orden que lo cojáis en vida.

—¿En vida de quién, Storks?— preguntó el Pirata Negro, retrocediendo, sin dejar de apuntar con sus pistolas a los soldados, que iniciaban un tímido avance.

No podían emplear sus arcabuces, y Archibald Clerk comprendió que debía dar el ejemplo, pese a que las dos pistolas apuntaban dirigidas por un hombre en cuyo rostro se leía la más salvaje de las decisiones.

Y el perfil de ave de presa de Carlos Lezama, aunque sonriente, demostraba bien a las claras que el Pirata Negro no estaba dispuesto esta vez a entregarse.

Elisabeth cubrió con su cuerpo el del pirata. Y fué la última sorpresa de Archibald Clerk al oírla exclamar:

—¡Yo fui quien le aconsejó que raptara a tu esposa, Henry! Y también le aconsejé que repartiera por Kingston sus espías, para que tan pronto como ellos supieran que él corría el menor riesgo...

Ethel...

—¿Sabes lo que dices, desdichada?

Y Henry Storks avanzó hasta colocarse delante del teniente y de los soldados. Asió por un brazo a su cuñada, zarandeándola.

—¿Es cierto que ese hombre tiene espías en la ciudad?

—Yo se lo aconsejé. Y Ethel morirá... si le torturas o lo matas.

Henry Storks abatió la cabeza sobro el pecho, y Elisabeth empezó a respirar entrecortadamente, hasta que aliviada oyó al gobernador decir con voz monótona:

Retiraos todos. Llévese a sus fuerzas, teniente. Pero rodee estrechamente todas las salidas de la fortaleza. Ese pirata

sólo puede salir si va en mi compañía. Si sale solo, que disparen sin vacilación y lo maten.

Archibald Clerk renunció ya a sorprenderse. Con voz firme mandó media vuelta a sus hombres, y en el sajón comedor quedaron solos el gobernador, su cuñada y el Pirata Negro.

CAPITULO IX

Un bribón elegante

Henry Storks se dejó caer en un sillón y con su mano válida empapó una servilleta en un Jarro de agua, aplicándose el húmedo tejido sobre la frente contusionada, que le ardía, más que por el choque de las dos culatas, por el combate que en su cerebro sostenían un caos de pensamientos contradictorios.

Miró con rencorosa expresión al

Pirata Negro, que sentándose frente a él, le servía vino, vertiéndolo luego para sí a su vez en una copa que alzó en el aire, mirando a través del rubí del vino la llama de los candelabros.

—A vuestra salud, Storks. Bebed brindando por el hombre que supo recordar que hay cosas que pareciendo ser la máxima realización de una ambición, tal como es vuestro cargo de gobernador, no valen el tesoro sin igual de un amor compartido. Y vuestra esposa os quiere tanto como vos a ella.

—Guardad silencio, pirata. Un ser de vuestra calaña no puede hablar de sentimientos tan sagrados como lo son los lazos que unen a marido y mujer. Di por cierto que con la insolencia que os

caracteriza y la imprudente seguridad que en vos mismo tenéis, no habréis acudido a Kingston acompañado, sino solo. Y os aseguro que a no ser por la intervención de esa mujer—y señaló con desprecio a su cuñada—cuyo proceder no tiene nombre, os habría torturado hasta arrancaros el secreto lugar donde se oculta vuestra nave. Y así como de vuestra lengua habría sabido arrancar ese secreto, así también de vuestra nave habría sabido rescatar a mi esposa con mis soldados.

El gobernador apuró de un sorbo la copa de vino que le había llenado el Pirata Negro.

—Sospechaba ya algo extraño en la actitud de esa hermana desnaturalizada

que se tomaba tan a la ligera la desaparición de Ethel. Pero jamás pasó por mi imaginación que fuera posible tamaña perfidia. Dime, desdichada, ¿qué mal te he hecho yo, o tu hermana, para que te comportases así?

—El señor Lezama me salvó la vida, y yo le salvé la suya dándole mi caballo, con el cual pudo salir de la selva. Y aunque, elegante, tú eres un bribón y por el propio bien de Ethel, preferí que cesaras de ser gobernador, porque el afán de lucro te podía hacer perder la elegancia y convertirte en un odioso criminal.

—¿Y preferiste dar consejos que habían de conducir posiblemente a tu hermana a la más horrenda de las

muertes?

—Sé que el señor Lezama es incapaz de cometer acciones crueles contra una mujer y que ella, a bordo de su nave, estaría tan segura y respetada como en nuestros salones.

Carlos Lezama sonrió burlonamente e intervino inesperadamente con palabras que sembraron un ligero desconcierto en Elisabeth:

—Es cierto cuanto vuestra cuñada dice, menos en un punto, Storks. Por ahora mi nave es para vuestra esposa el más seguro de vuestros salones, pero por si no regreso antes de mañana al anochecer, dejé órdenes detalladas. Primero, mutilarán el gentil-rostro de Ethel. Tengo un hombre especializado en

operar como el más hábil de los sangradores cirujanos...

—¡Calla!—rugió Storks—. ¡Mañana al anochecer, tú y yo estaremos a bordo de tu nave. ¿Qué debo hacer para obtener la seguridad de que ella me será entregada sin haber sufrido el menor daño?

—Dos actos sencillísimos. Primero vais a escribir de vuestro puño y letra y en forma elocuente, no sólo para mi convencimiento, sino para el convencimiento del Rey, los ardides de que os valisteis para destituir a Robert Gasket. Después añadiréis que no podéis ser gobernador porque reconocéis vuestros robos arteros en materia de gabelas. Y cuando hayáis

escrito esa declaración, que me entregaréis, mandaréis a vuestros enlaces para que Inviten a todas las personalidades de Kingston a que se reúnan en vuestra sala de audiencias, y allí con vuestra excelente y bien timbrada voz explicaréis lo mismo que antes escribiréis. No debe quedar un solo habitante de Kingston que dude de la honorabilidad de Robert Gasket, y que a la vez no se haga cruces al reconocer el solemne pillo hipócrita que sois.

—Quedaos donde estáis, Lezama—dijo el gobernador levantándose—. Intentar abandonar la fortaleza sería ir a una muerte cierta. Aguardadme.

—Deseo saber dónde vais. No os

extra fíe si no confío lo más mínimo en vos.

—Recluido en mi alcoba, escribiré... o meditaré. Y pronto sabréis mi decisión. Y en cuanto a ella, que os haga compañía. ¡Tal para cuál!

Henry Storks abandonó el salón y dirigióse hacia las escaleras que conducían al piso alto donde tenía sus habitaciones.

Elisabeth Clarence sonrió pensando que el triunfo de sus consejos estaba cercano, aunque por unos momentos sintióse sacudida del más intenso de los temores.

—Yo sabía que Henry no sacrificaría a su esposa —dijo, pero, de pronto fijó en el pirata una intensa mirada de recelo

—: Ambos somos sinceros, señor Lezama, pero también sabemos mentir excelentemente.

Levantóse y acercándose al pirata, habló en voz baja, sólo audible para él.

—¿Es sinceridad o es embuste lo que dijisteis sobre vuestro sangrador y las torturas que esperaban a mi hermana?

—No tengo sangradores ni nunca he torturado a nadie. Me basta con producir el efecto deseado de temor sólo con anunciar horrendos suplicios que nunca podría aplicar. Pero soy pirata, señora, y en mí todo es posible, y todo es creíble. Juego mucho ese naipe...

—Y también jugáis mucho el naipe de la muerte.

—Por eso es tan amiga mía y nunca me

da su guadaña. Somos amigos ha tiempo, y me cuida.

—Pero sois de una imprudencia sin igual. Debíais al menos tener algún espía en la ciudad y no venir solo.

—¿Para qué? Mi orden a mi segundo fué que si tardaba yo más de tres días en volver, tomase rumbo a la mar y desembarcase a los Gasket en algún puerto francés y devolver a vuestra hermana Ethel dejándola en un punto cercano a Kingston. Y después... si yo hubiese muerto a manos de Storks, yo sé que éste me habría seguido pronto. Pero, por encima de todo, confié en que vos conocíais a fondo el carácter de ese bribón elegante que es vuestro cuñado. Casi tengo simpatía por él. No es ningún

criminal... y habréis evitado que lo sea. Y ahora, que ya hemos secreteado bastante. y en prudente evitación de que nadie nos oyera, podéis alejaros de mí. Vuestra cercanía me tienta y os daría quizá un ósculo fraterno como demostración de que os considero la más lista de las mujeres.

—Mis mejillas pertenecen a Archie, pero mi mano sólo es besada por aquellos que considero dignos de ser mis amigos.

Y, gentilmente, aplicó Elisabeth el dorso de su mano sobre los labios del pirata, yéndose a continuación a sentarse. Transcurrió un cuarto de hora e, impaciente, Elisabeth se levantó, dirigiéndose a la puerta:

—Voy a convencer a Arcille. Oyó de mí esa noche frases que le habrán desconcertado y tengo que lograr con vencerle de la honestidad de mis propósitos.

—Estoy seguro de que quedará altamente convencido. Poseéis, linda Lizzy, el don de que os crean con sólo ver la cándida hermosura de vuestros ojos sinceros. Es vuestra mirada tan recta, pura y noble, que purificáis al hombre al cual os dignéis mirar.

—Sois un español adulador.., y charlatán—sonrió ella.

Vióla el Pirata Negro abrir la puerta y antes de cerrarla, estaba ya junto a ella un tímido pero interrogante teniente Clerk.

Carlos Lezama contempló el decidido paso con el que, sin mirarlo a él, Henry Storks se dirigió a la puerta del salón, que abrió.

—Teniente Clerk: mandad enlaces a las residencias de los personajes que quedan anotados en la lista. A las once en punto estarán congregados en la sala de audiencia. Tengo que hablarles.

Cerró la puerta y sentóse frente al Pirata Negro.

—Si yo cumplo lo que deseáis, ¿qué certeza tengo de que vos cumpliréis el precio de mi propia deshonra proclamada a todos los vientos?

—Si yo no confío en vos, es lógico que vos no confiéis en mí. Por tanto, de ninguna utilidad os sería mi palabra, a la

cual nunca falto.

—Palabra de pirata es palabra de hombre ebrio o de mujer casquivana.

—Somos dos bribones, Storks. Necesitamos, pues, la intervención de una persona cabalmente honesta. Creo conocer a los hombres, y elijo como personificación de la honradez al teniente Archibald Clerk.

—¿Y para qué lo necesitáis?

—¿Veis esa placa que cuelga de mi cuello? Es a modo de salvoconducto. El hombre que la lleva tiene franca entrada a mi bordo. La entregaré al teniente Clerk con una orden escrita de mi puño y letra, por la que deberá ser entregada al portador la persona de Lady Storks. No, no miréis con ojos de bribón

encandilado esa placa. Vos no podríais llevarla: con ella sólo entraríais a bordo, pero nada más. Y a mí no habría tortura que me arrancase ni la orden escrita ni el secreto lugar donde mi barco se esconde. Uno de mis piratas, Juanón tiene por nombre, lee lo suficiente para deletrear, aunque sea empleando media hora, un mensaje de mi puño y letra. Cuando yo haya oído de vuestros labios la confesión total que ante la corte haréis, entonces el teniente Clerk seguirá solo su camino hacia mi barco. Nosotros aguardaremos su regreso con vuestra esposa. Y 'vos por vuestro lado y yo por el mío. Entre bribones hay que aguzar el ingenio para que los pactos respetables sean

respetados.

Henry Storks tendió una mano firme hacia el gollete de un frasco.

—Aguardaremos al teniente Clerk. No leeré antes mi declaración escrita.

—Ni yo deseo oír vuestras bribonadas. Cuando la corte esté reunida, escucharé oculto para que nadie pueda suponer que existe coacción. No será válido nuestro trato si habláis de coacción o de que forzado por un imperativo picaresco...

—Pero, ¿me permitiréis invocar mi conciencia?—preguntó sonriendo con irónica amargura él gobernador.

—Podéis hacerlo. El mentar cosas ausentes por completo, sólo me causará deseos de reír.

—En el fondo no os odio, pirata. Obráis estúpidamente como un sentimental. Tengo la certidumbre de que defendéis a los Gasket por algún impulso caballeroso, extraño en un pirata. No queréis dinero. Sois un pobre bribón.

—Así lo comprendo. ¿No conocéis otra palabra que no sea “bribón”?

—Es la palabra que mentalmente, cuando me hablo a mí mismo, empleo para designarme amistosamente —dijo Storks con amable cinismo—. Y no quiero que creáis que me hacéis un gran mal al obligarme a declarar mis felonías. Ser gobernador exige mucha seriedad, y prefiero ser un hombre libre con... veintidós mil ducados, y mi

esposa.

* * *

La nobleza colonial inglesa de Kingston reuníase en la vasta sala de audiencias de la residencia del gobernador en la fortaleza de Saint—James.

Disimulaban perfectamente la extrañeza que les había producido el ser conloen dos con tanta urgencia y a aquella hora intempestiva.

Pero sólo se intercambiaban conversaciones banales, hasta que todos enmudecieron inclinándose respetuosamente al paso de su excelencia.

Henry Storks iba saludando a diestro y siniestro con la más amable de sus sonrisas y asestaba frecuentes miradas amenas a través de los impertinentes que sostenía con su mano válida.

Cuando hubo ocupado el sitial colocado en una plataforma, hizo ademán de perfecto orador. Sacóse del bolsillo de la casaca un fino pañuelo de batista y sacudió con él un inexistente polvo que podría haber tenido su alba gargantilla de encajes.

—Ruego ante todo, queridos amigos, que me excuséis el haberos reunido tan intempestivamente. Pero hay imperativos que nos coaccionan con fuerza tal que no podemos desobedecer sus mandatos. Hablo de conciencia.

Los que escuchaban atentamente no pudieron comprender por qué su excelencia sonreía improcedentemente al hablar de algo tan sagrado coma la conciencia. Y tampoco comprendieron por qué miraba hacia un gran cortinaje que colgaba voluminoso junto a uno de los ventanales.

—Mi conciencia, queridos amigos, no ha podido ser vencida. Y ella es la que me exige una declaración que, si siembra entre vosotros una ligera confusión, no será menor a la que experimento al tener que desenmascararme ante todos vosotros, hasta ahora mis gobernados. Decía uno de mis amigos, que el inglés puede faltar alguna vez a la ley, pero nunca puede

escapar al remordimiento. Y ese gusano implacable roía de tal modo mis entrañas, que esta noche he comprendido que no podría nunca más hallar paz para mi alma y reposo para mi cuerpo si no os revelaba quién soy yo. Mi esposa, Lady Storks, ha huido de mi lado y ha regresado junto a sus familiares en nuestra vieja patria, porque no podía tampoco resistir a la idea de que se había casado con un solemne pillo hipócrita. Hablo de mí, señoras y caballeros.

Sonaron algunas toses y los abanicos so agitaron más nerviosamente. Henry Storks miró imperturbable a través de sus impertinentes.

—Ruego al señor tesorero real que me

haga el honor de aproximarse. Antes de entregarme a las autoridades de las Bermudas para que Inglaterra responda de mis delitos, debo entregaros, señor tesorero, las pruebas de mis infracciones a la ley. Ahí está relatado el modo con que he conseguido burlar lo legislado en materia de gabelas. Tomad esa declaración escrita, amigo tesorero. No mancha.

El tesorero, con austero semblante, cogió de manos del que hasta entonces había sido su gobernador los papeles que lo tendía.

—He prevaricado... Oigo un rumor escandalizado, y comprendo que estáis petrificados por mi confesión. Creedme, si os digo que más petrificada está mi

alma, que no hallará ya reposo hasta que los tribunales ingleses me condenen a la justa pena que merezco. Pero sigo siendo gobernador, según determina el artículo cincuenta y dos de los Dictámenes peales para las Colonias. Antes de que el teniente Clerk me acompañe a un punto de la costa desde el cual embarcaré hacia las Bermudas para entregarme, porque aquí no hay autoridad superior a la mía a la cual pueda entregarme, según ordena la ley, debo rehabilitar la memoria del que fué mi amigo Robert Gasket, el ex gobernador a quien traicioné vilmente.

Henry Storks abatió los impertinentes, agitándolos indolentemente al extremo de su mano válida semicubierta por los

encajes de su elegantísima casaca.

—Siendo gobernador, Robert Gasket me honraba con su amistad y su confianza. Me invitaba con frecuencia a cenar en mesones de Old Harbour; los mesoneros son gente vil. En complicidad con ellos, que no ignoraban que la caída de Gasket significaría mi sucesión en su cargo, ingenié los medios que habían de destruir el concepto moral que merecidamente disfrutaba. Le pedía con frecuencia dinero prestado y él me firmaba unas letras de escaso valor pagaderas sobre los fondos que, como paga real, le pertenecían a él como gobernador. Un día eran dos guineas, otro una... En fin, ya cansado, el buen Robert Gasket me dijo una noche, con su

noble sonrisa leal, que le evitase escribir tanto. Que estaba dispuesto a prestarme dinero, pero sólo firmando órdenes de pago sobre sus honorarios. Y confiando en mí, siguió firmando sin ni siquiera leer. Yo era su mejor amigo.

y él nunca podía creer que un inglés fuese capaz de felonía. Por eso nadie l<; creyó cuando alegó que creía firmar simples órdenes de pago de fondos que le pertenecían y en calidad de préstamo al mejor de sus amigos. Lo atribuyeron a embriaguez... y hasta él mismo llegó a creerlo así. Lo cierto es, señoras y caballeros que me escucháis con tanta atención, que lo que Robert Gasket firmaba eran reconocimientos de cuantiosas deudas a distintos mesoneros.

Deudas inexistentes que el honrado Gasket firmaba rápidamente, bastándole mi simple advertencia de que le pedía dos o tres guineas más. Esa es la realidad. Ahora, admito con razón las miradas de desprecio que me asestáis. Y propongo, señor tesorero, que vos, que tenéis autoridad para ello, substituyáis provisionalmente la vacante de la gobernación de Jamaica por el que merece legítimamente serlo. Que Robert Gasket me substituya hasta que venga la confirmación real, que no dudo llegará como rehabilitación de un hombre que nunca pecó ni faltó a la ley, y cuyo único pecado fué confiar en su mejor amigo y en el hombre que como todos vosotros;.., antes..., creía ser un perfecto

caballero inglés. He dicho. ¡Teniente Clerk! Recibid mi última orden. Me acompañaréis a un punto de la costa desde la cual espoleado por mi conciencia, que no resiste ya más, iré a entregarme a las autoridades de las Bermudas.

CAPITULO X

La balsa

Tres jinetes galopaban por el camino de la costa hacia Cockpit. Uno de ellos llevaba un brazo en cabestrillo y vestía con suma elegancia. El otro era un teniente de las fuerzas inglesas que mantenía su caballo a la zaga del otro jinete vestido de negro y bajo cuyo sombrero de alas rectas brillaba el color rojo de un pañuelo.

Thomas l'Agnelet, el viejo bucanero,

fué a abrir la puerta de su casucha cuando un alegre silbido precedió a una llamada.

Recibió en silencio el fuerte apretón de manos del Pirata Negro.

—Tenías razón, abuelo al aconsejarme que no disparase. Cinco veces te quisieron ahorcar y puedes hablar. Ya sólo me falta una para alcanzarte.

—Bien acompañado vienes, muchacho. ¿No es ese petimetre el gobernador de Jamaica en persona?

—Lo era. Dadme vino, si lo tenéis, que pueda beberse. Y ahora vos, pirata, cumplid lo pactado.

El Pirata Negro quitóse del cuello la cadena que sostenía la placa redonda de oro, que era uno de sus amuletos de la

buena suerte. Con un tizón ahumado que astilló con su puñal, escribió sólo dos líneas sobre su propio pañuelo.

"La dama últimamente llegada saldrá libre en compañía del portador." Archibald Clerk había renunciado definitivamente y para siempre a extrañarse. Todo le parecía natural y lógico y recibió flemáticamente el pañuelo y la placa.

—¿Conocéis May Pen? — preguntó Lezama.

—Sí. El islote del Black River.

—Id allí y procurad silbar así—y el Pirata Negro moduló un largo silbido decreciente—. Al hombre que os corte el paso, dadle esa placa y ese pañuelo y aguardad. Cuando Lady Storks esté con

vos, reemprended el camino hacia aquí. ¿Sabéis dónde vais?

—Lo ignoro. Pero su excelencia, antes de entregarse, sigue siendo el señor gobernador y él me ha ordenado que os obedezca.

—Vais a entrar en un velero infestado de piratas. Os aconsejaría que no llevaseis arma alguna. Ellos lo preferirán y conocerán así que vuestras intenciones son buenas.

El teniendo Clerk dejó mudamente sobre la mesa su espada y su pistola. Saludó militarmente y abandonó la casucha.

—De común con nosotros dos, Storks, sólo tiene la valentía. Nos convendría mucho contagiarnos levemente de su

honradez.

—A nuestro modo lo somos, Lezama.

—¿Honrados? No me hagáis reír.

—¿No he cumplido honradamente mi pacto?

—Iba en ello la vida de vuestra esposa.

—Tengo la sospecha de que no la hubieran matado — sonrió Storks—. Cuando ya era tarde..., cuando ya ante toda la corte había entregado las pruebas que me degradaban, la "desconcertante" Elisabeth me confesó toda la verdad. Pero ya era tarde para encadenaros, Lezama, por haberme aterrorizado con la descripción de las imaginarias torturas que mi mujer había de sufrir. Ahora tomad: ésa es la

declaración exacta que me pedisteis. En ella reproduzco fielmente cuanto allí dije.

Carlos Lezama tomó el pergamino firmado por Henry Storks.

—Decidme, Storks, ¿cuál es vuestra última bribonada en Jamaica? Porque a mí no me haréis creer que estáis dispuesto a entregaros.

—Leed las últimas líneas de mi escrito.

En alta voz, Carlos Lezama fué leyendo:

—...“y siéndome imposible sobrevivir a la conciencia de mi deshonor, pondré fin a mi vida en un ignorado lugar. No quiero que los tribunales ingleses sufran mácula al tener que condenar a presidio

al hombre que ellos mismos habían elegido como gobernador de una colonia inglesa. Que la magnanimidad real me perdone. Henry Storks.”

Lezama introdujo el pergamino entre una abertura de su jubón.

—Tenéis una bella firma. Y estoy cierto de que seguiréis viviendo bastantes años más.

—Naturalmente. Pero declarando que pongo fin a mi vida, mis compatriotas no me andarán buscando. Ellos... creen mucho en la conciencia. Tan pronto como abrace a mi esposa, tomaré el camino de una rada cercana, donde un bucanero amigo mío me llevará a puerto francés. Y a bordo de su lancha velera irán mis dos tesoros: mi esposa y mis

veintidós mil ducados.

—¿Le explicaréis a ella todo lo bribón que sois?

—Sabré convencerla de que Henry Storks sigue siendo un perfecto caballero que ha preferido vivir en privado con ella.

* * *

Desde lo alto de la ensenada Cockpit, el Pirata Negro oteó el horizonte con el largavistas que Thomas l’Agnelet le había prestado.

Vió la vela del lanchón bucanero, en el que Henry Storks navegaba con rumbo a puerto francés. Distinguió perfectamente a Lady Storks, cuya cabeza se apoyaba

sobre el hombro de su marido. Ambos en pie, a popa del lanchón, presentaban la personificación del amor compartido.

Por la polvorienta carretera que conducía a Kingston, galopaba un jinete. El teniente Clerk iba en busca de lo único que le interesaba: Elisabeth Clarence.

Todo lo demás quería olvidarlo, y había dado su palabra de caballero de que los sucesos ocurridos entre el anochecer del día en que el Pirata Negro visitó ni gobernador y su cuñada hasta el momento en que devolvió su espada y su pistola al militar, eran sucesos que pertenecían al más estricto de los secretos.

El Pirata Negro devolvió el

largavistas a Thomas l'Agnelet.

—Algún día volveré, abuelo. Y quiero a solas, durante una noche entera, oír la historia de tu vida. Y yo necesito también desahogarme con quien sepa entenderme. Te contaré mi historia y sólo tú sabrás por qué Carlos Lezama se convirtió en el Pirata Negro. Dame un abrazo, abuelo. Nadie nos ve y nadie podrá reprocharte este acto de sentimentalismo.

Thomas l'Agnelet se dejó abrazar. Movió dubitativamente la cabeza mientras Carlos, Lezama saltaba sobre la silla de su caballo.

—Oye un consejo, muchacho. Yo era como tú... Sentimental... y por eso nunca fui rico, y doy hoy de beber al sediento.

—Pero—y el Pirata Negro se inclinó sobre el cuello de su montura—, ¿verdad que tu conciencia nada te reprocha? Porque tú eres un viejo bucanero..., pero tienes conciencia. Adiós, abuelo.

Y Thomas l’Agnelet, cuando no se oyeron ya los repiques de los cascos del caballo, regresó a su casucha, encendió una pipa apestosa, y dejó vagar su imaginación hacia los tiempos en que también fué arrogante, joven y fuerte.

* * *

—Tomad, señora. Queda con eso cumplida mi palabra.

Lady Gasket tomó ansiosamente el

pergamino que Carlos Lezama le entregaba en el camarote de la sala capitana. Durante unos instantes leyó con avidez. Al fin arrolló el pergamino, que hundió en su escote.

Y el gesto que hizo sorprendió a Robert Gasket.

Lady Gasket colocaba sus dos manos sobre los hombros del Pirata Negro y sus labios se posaron durante un instante sobre la bronceada frente...

—Gracias, señora. No merecía tal recompensa—dijo Lezama intentando sonreír para encubrir su emoción.

—Vuestra madre, allá en el cielo, señor Lezama, estará orgullosa de vos. No os por su profesión por lo que se conoce al caballero, sino por sus actos.

Y ahora, Robert —dijo la anciana, volviéndose a su hijo yo te prometo que tú no irás nunca más a Old Harbour ni tendrás, ningún amigo. Serás de nuevo el gobernador..., y si acaso piensas en un amigo, recuerda que tu cargo te lo impide, porque el único amigo que tienes es ese caballero, mal llamado el Pirata Negro.

* * *

El “Aquilón” arrió sus velas a corta distancia de la costa norte de Kingston. Los vigías de la fortaleza no le avizoraban y nadie pudo saber que el bote en el que un hercúleo negro condujo a tierra a Lady Gasket y su hijo

pertenecía al velero pirata.

El tesorero real, en uso de bus atribuciones, decretó un nombramiento provisionalmente hasta que llegara el "placet" real rehabilitando al nuevo gobernador, Robert Gasket ocupaba el sitial destinado al cargo en la residencia de la fortaleza de Saint-James.

La nobleza de Kingston pasó a rendir pleitesía al nuevo gobernador, que acogió risueño las manifestaciones de sincero regocijo de sus súbditos.

El teniente Archibald Clerk vino a despedirse de los Gasket y a anunciar su respeto a Londres en compañía de Elisabeth.

Y Robert Gasket siempre leal y estrictamente honrado, no comprendió

por qué Elisabeth, aquella “desconcertante y excéntrica” Lizzy, sonreía cuando él sinceramente manifestaba que perdonaba al hombre que, si bien le perjudicó, supo rescatar su acción dándose muerte como un caballero inglés cuya conciencia le había vencido.

* * *

El Pirata Negro oteaba el mar desde el castillete de proa del “Aquilón”. Había vuelto a torturarle el recuerdo de Jacqueline de Brest “la bella corsaria”, y en vista del resultado negativo de su búsqueda por Jamaica, había ordenado al timonel que dirigiese la rueda con

rumbo hacia la isla de Las Tortugas, el semillero donde pululaban las flotas corsarias ensangrentando muchas veces sus playas al combatirse entre sí.

Un punto negro en el horizonte, flotando sobre el agua, llamó su atención. Observó con detenimiento hasta comprobar que era una balsa encima de la cual dos hombres enflaquecidos

y exhaustos estaban tendidos, sin movimiento.

La balsa flotaba a merced de las olas cuando el "Alquilón" pasó cerca de ella. El Pirata Negro, de un salto, cayó desde el castillete al lado de Tichli, el timonel.

Empujó al cubano sordomudo y dió un giro a la rueda, gritando con voz

estentórea para que arriasen velas. Instantes después un bote recogía a los dos náufragos.

Reanimados por el propio Lezama, uno de ellos fijó sus pupilas despavoridas en la tripulación pirata. Y apoyóse sobre un codo encima de la cubierta en cuyo suelo estaba tendido.

—No tengas pesadillas ni sueñes en matanzas —le dijo el Pirata Negro riendo burlonamente—. Es ley del mar dar de beber y de comer a los náufragos. Volveréis a vuestra balsa con abundante tasajo y una barrica de ron. ¿De dónde procedéis? ¿Qué tormenta os ha naufragado?

—No... fué tormenta, señor—habló en español el interrogado—. Fué algo que

no puedo decirte.

—Nada de lo que puedas decirme me sorprenderá.

—Té encolerizarás, señor.

—¿Qué se me da de vosotros, bellacos? Ahora mismo iréis para vuestra balsa cebados y con pienso para llegar a próximas costas. Habla, pues.

—Procedemos de Cayo Santiago, señor. Hemos huido... porque Cayo Santiago está siendo asolado por... piratas.

—Mala hierba esos piratas, ¿verdad? —dijo Lezama, riendo.

Y los patibularios rostros que le rodeaban rieron a carcajadas que en nada tranquilizaron a los dos náufragos.

—¿Y quiénes son esos piratas que

están asolando Cayo Santiago?

—El inglés Gorman, el francés Curbec y la corsaria bretona. Se han aliado.

—¿Cómo dices? —y Lezama agarró por la camisa al náufrago que hablaba, el cual juzgó llegada su última hora.

—El inglés Gorman, el francés "Brazo de hierro" y la bretona corsaria—balbució castañeteando de dientes.

—¡Dejadlos en su balsa! ¡Aprisa! Hemos perdido ya bastante tiempo.

Cuando la balsa se alejaba del costado del "Aquilón", los tres reconfortados cubanos vieron con estupor el tasajo abundante y el barril de ron que junto a ellos habían dejado unos patibularios piratas.

No comprendían por qué seguían

viviendo y, siempre con ojos de sorpresa, vieron alejarse el velero pirata.


...una balsa encima de la cual dos...

—¡Es... es el Pirata Negro!—exclamó de pronto uno de los cubanos.

—¡Cierto!... ¡Sólo él podía no sólo

perdonamos la vida, sino darnos encima la salvación!

* * *

Tichli asintió con la cabeza cuando el brazo recto y extendido del Pirata Negro le señaló el lejano resplandor del incendio que iluminaba el cielo procedente de la isla de Cayo Santiago.

Pasó el Pirata Negro a su camarote y mientras revestía sus muñequeras y ceñía a su cinto el sable de aborda

je, acarició la testa del pequeño leopardo atado al pie de la mesa y que jugueteaba panza arriba con una pelota de carne en mojama que sostenía entre sus dos patas delanteras.

—Eres feliz, cachorrillo. Para ti el mundo se compone de vino con agua, carne que mordisquear y paja donde dormir. Yo procuraré que nunca se cruce en tu camino una hembra de leopardo esquiva y cruel, que, confesándote su amor, sea imposible poderla amar.

El leopardo emitió un gruñido porque la bola de carne acababa de escapársele rodando hacia un punto fuera de su alcance. El Pirata Negro empujó la carne con la punta de su bota y el cachorro la cogió diestramente mirando con sus pupilas sanguinolentas al que jugaba con él.

—También a mí me tendrían que atar a la pata de esa mesa, cachorro.

Y así no correría ahora como un

energúmeno a toda vela de mi “Aquilón” hacia un destino que ignoro.

El Pirata Negro ¡salió a cubierta y encaramándose en el castillete de proa, vió el cercano resplandor de la costa de Cayo Santiago.

—¡Zafarrancho de combate! Todos a sus puestos, mis valientes. Allí hay botín para vosotros. Ellos han hecho la parte sucia de la faena. Nosotros les delastraremos del peso de lo que han saqueado. Avante y a toda vela.

El “Aquilón”, con las lonas tensas como pieles de tambor, en las que el viento redoblaba, cortó el agua con su afilada proa rumbo hacia el puerto de Cayo Santiago...

FIN



se alian para combatir sin cuartel contra

EL PIRATA NEGRO

que con su alegre sonrisa desafía la ira salvaje de sus enemigos, el feroz

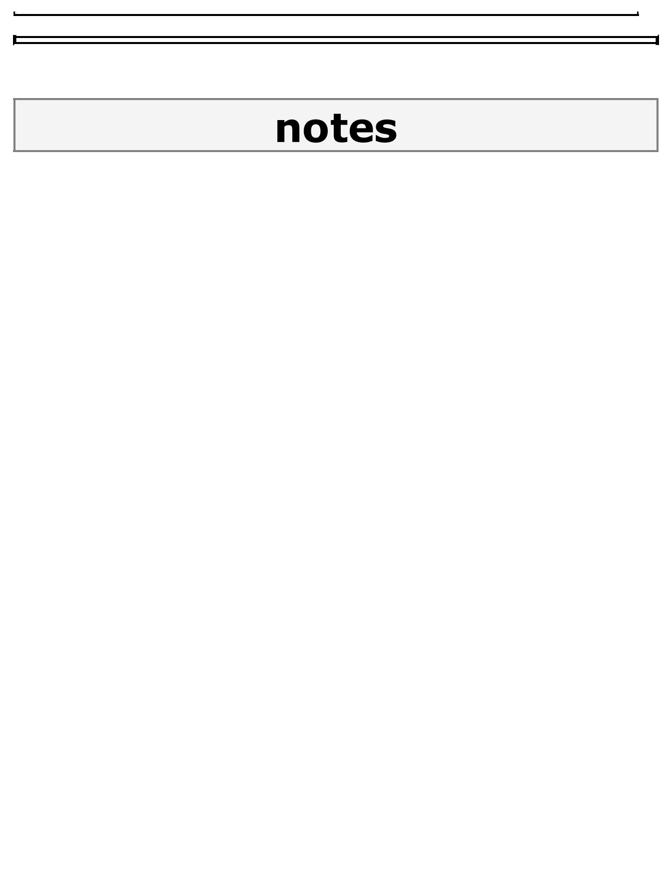
BRAZO DE HIERRO y LA BELLA CORSARIA

Hágase reservar el próximo volumen de esta colección titulado:

BRAZO DE HIERRO

en el que se desarrolla la más sugestiva y emocionante aventura de

EL HEROE DE LOS MARES



notes

Notas a pie de página

1 Véase *La bella corsaria*, segundo título de esta misma colección.

2 Ver *La espada justiciera*, primer cuaderno de esta colección.